

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

REINA ESTELAR Clark Carrados

CIENCIA FICCION



CLARK
CARRADOS

REINA ESTELAR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.

° 418

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS

AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.027 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.º edición: agosto, 1978

© Clark Carrados - 1978

texto

© Miguel García - 1978

cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S A.**

Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

**Todos los
personajes y
entidades
privadas que
aparecen en esta
novela, así como
las situaciones
de la misma, son
fruto
exclusivamente
de la
imaginación del
autor, por lo que
cualquier
 semejanza con**

personajes,
entidades o
hechos pasados o
actuales, será
simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Pàreus del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Con ojos rebosantes de placer, a pesar de que llevaba meses y meses viéndolo, con el corazón henchido de orgullo, Eddie Tickner contempló el brillante pájaro que se albergaba bajo el cobertizo situado en uno de los ángulos de su casa.

Eddie se sentía terriblemente nervioso. Había llegado el momento de la prueba definitiva, después de interminables días y aun noches de trabajo incesante. Estaba seguro de que, al fin, iba a poder realizar su sueño más querido: volar.

Eddie estaba solo en el mundo a sus veintisiete años. Su madre había muerto cuando él era todavía muy pequeño. Su padre volvió a casarse y la madrastra, si no le hizo la vida imposible, tampoco se la alegró demasiado. Al cumplir los veinte años, su padre se mató en un estúpido accidente. La viuda desapareció de la casa, sin dejar el menor rastro. Malas lenguas de la vecindad sostenían que se había largado con un vendedor ambulante, quince años más joven que ella. Eddie no lo lamentó en absoluto.

La casa y los campos circundantes eran suyos. Eddie no sentía demasiado interés por la agricultura, pero de algo había que vivir. Por suerte, tenía máquinas que le hacían la mayor parte del trabajo, semirrobots programados para determinadas tareas, lo que le permitía a él dedicarse a su afición favorita.

Ahora se iba a marchar de la casa donde siempre había vivido. No lo lamentaría excesivamente; si no tenía malos recuerdos, tampoco era un lugar que le hubiera proporcionado la felicidad. Había alquilado casa y tierras a un vecino, por una módica renta anual. Mientras él permaneciese ausente, la renta sería depositada en el Banco.

Al fin había conseguido su sueño dorado: viajar, viajar sin límites, aquí y allá, deteniéndose donde le pareciese con aquel artefacto, incluso podría pararse en la cumbre del Everest. O mecerse sobre las olas del océano o en las tranquilas aguas de un lago, mediante los flotadores de hinchado

automático.

Era un viejo F-30, procedente de los saldos de guerra del gobierno, un cazabombardero que había sido la maravilla de los años cuarenta y dos —del 2.042, naturalmente—, pero que había caído en desuso, apenas se descubrió el generador capaz de anular la fuerza de la gravedad. A partir de aquel momento, la propulsión por energía convencional había perdido su antigua importancia.

Pero todavía había aviones que usaban los métodos viejos. El F-30 era uno de ellos. Eddie le había suprimido una enormidad de cosas que no le iban a hacer falta: determinados instrumentos de control de vuelo, las miras de fuego, el armamento y la munición... Merced a ello había conseguido ganar la no despreciable ventaja de dos toneladas y media, con lo que había podido colocar mayores y más tanques suplementarios de combustible. Ahora, volando a velocidades reducidas, Eddie disponía de una autonomía de casi veinticuatro horas.

Todo estaba listo ya. Eddie no quería despedidas lacrimógenas. Se marchaba y eso era todo. No sabía cuándo volvería, ni tampoco pensaba en ello. Al fin iba a soltar las ataduras que le sujetaban a la tierra. Sería libre como un pájaro.

Mientras daba los últimos toques al aparato, tenía la radio en funcionamiento, para oír música. El locutor interrumpió de pronto la melodía para anunciar que el gobierno había nombrado una comisión, al objeto de estudiar los extraños fenómenos que se habían producido en los últimos días y que tantas interferencias y perjuicios causaban a la navegación aérea. Eddie no prestó demasiada atención a la noticia. Ya estaba abriendo las puertas del cobertizo para sacar fuera el pájaro de metal.

Al abrir la puerta, miró hacia las lejanas colinas, sobre las cuales iba a volar minutos más tarde. El cielo parecía tener allí otra tonalidad, el azul ligeramente menos brillante, como cubierto por una perlina película. Pero no prestó la menor atención al hecho.

Buscó el tractor y lo enganchó a la rueda delantera del tren. Lentamente, el aparato salió

rodando del cobertizo y quedó sobre la pista de cemento, construida por el propio Eddie. Apartó el tractor a un lado y corrió a equiparse.

Minutos más tarde, lanzaba un maletín al compartimiento de equipajes. Luego trepó a la cabina y empezó a revisar los instrumentos. Suspiró aliviado al ver en verde el indicador de «Todo Correcto». De repente, se le ocurrió que había olvidado un trámite.

¿Cómo llamaría al avión? Debía darle un nombre, era lo tradicional. Meditó unos instantes. Al fin, creyó haber hallado el nombre apropiado.

— ¡Yo te bautizo «Lanza de Plata»! —exclamó solemnemente.

Y presionó el botón de contacto.

Los motores se pusieron en marcha. El tablero de control era algo perfectísimo. Una luz verde se encendió, iluminando un rótulo: «Listo Para Despegue». Eddie aceleró y el «Lanza de Plata» empezó a remontarse verticalmente.

Poco a poco, fue ganando altura, a la vez que avanzaba, debido a los propulsores horizontales. Casi de repente, Eddie se encontró volando a más de mil kilómetros a la hora.

Subía en un ángulo de 30°. El velocímetro indicaba cada vez cifras más altas. Eddie gritaba, exultante de júbilo. Aquél era el momento tan largamente soñado durante años y años...

En pocos minutos, se encontró sobre las colinas. Entonces fue cuando reparó en el extraño fenómeno que se había producido en el cielo.

Frente a él, se veía un disco opalino, de gigantescas dimensiones. Los bordes eran un tanto difusos y se confundían con el azul del cielo, que se divisaba confusamente a través del disco. Eddie se dio cuenta de que volaba directamente hacia aquel colosal círculo.

Allí sucedía algo raro, tal vez una turbulencia atmosférica, una diferencia de presión, pero, en resumen, nada peligroso. Todo marcharía perfectamente una vez estuviese al otro lado.

El «Lanza de Plata» se arrojó contra el disco, que se agrandó rapidísimamente. Entonces Eddie oyó una serie de ruidos espantosos.

Le pareció que atravesaba el cristal de un gigantesco escaparate, rompiéndolo en millares de fragmentos. Un horrísono repiqueteo de vidrios rotos golpeó atronadoramente sus tímpanos. Durante una fracción de segundo, el cielo se hizo absolutamente negro.

Luego todo fue silencio para Eddie.

* * *

Despertó al sentir el agradable calorcillo de los rayos solares. Lo primero que hizo fue sentarse en el suelo y sacudir la cabeza. De un modo impreciso, se dio cuenta de que estaba en un prado de fresca y jugosa hierba.

Su mente tornó con rapidez a la normalidad. Entonces, con enorme estupefacción, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

Notó un leve dolor en la boca y escupió sangre. ¿Qué diablos le había pasado?

¿Adónde había ido a parar, después de atravesar el disco opalino?

Miró atónito a su alrededor. El suelo estaba cubierto de minúsculos puntitos brillantes. Del «Lanza de Plata» no quedaba el menor rastro.

Se miró las manos. Faltaba su reloj, con pulsera metálica y le faltaba también un anillo, la antigua alianza de boda de su madre. Al volver a sentir dolor en la boca, se tanteó la mandíbula con la lengua y notó, además del sabor de la sangre, la falta de la muela enfundada en oro. Eddie se sentía completamente desconcertado. Había ocurrido algo inexplicable, pero en todo ello había un detalle hasta cierto punto revelador: no quedaba nada de metal.

Aquellos puntitos brillantes... Cogió uno con dos dedos y lo examinó a la luz del día. Sin duda eran los restos de su avión, desintegrado después de atravesar aquel extraño disco. No sabía, no podía explicarse cómo había sucedido, pero era así. Se había producido la desintegración total de cuanto no era materia orgánica viva: su cuerpo.

Por otra parte, y lo comprobó satisfecho, no había sufrido otro daño que la extracción de la muela cubierta de oro. Se puso en pie y apreció la

perfecta libertad de movimientos de brazos y piernas. Inspiró unas cuantas veces: pulmones y corazón estaban en magníficas condiciones.

Escupió un poco de saliva mezclada con sangre. De pronto, vio un arroyuelo a poca distancia y caminó sobre la hierba. El agua fría le sirvió para enjuagarse la boca. La hemorragia dental cesó a los pocos minutos.

Entonces exploró los alrededores con la vista. Nada de lo que contemplaba le era familiar. Nunca había estado en aquel lugar. Las lejanas montañas, cubiertas de blanco sus cimas, eran absolutamente desconocidas.

De súbito, creyó ver una carretera a unos dos mil metros de distancia. Una carretera, se dijo, indicaba civilización. Y donde había civilización, existían seres inteligentes.

Empezó a andar. No hacía frío, pero no se sentía complacido de verse tan desnudo como el día en que nació. De súbito, creyó oír un ruido hacia su derecha.

Volvió la cabeza. Parpadeó.

— ¿Estoy soñando?

A unos mil metros de distancia, se veían unos cuantos pájaros gigantescos, que batían el aire con sus alas enormes, de más de diez metros cada una. Si eran águilas y le atacaban, se dijo, sería devorado en un santiamén. Se imaginó los polluelos de águila del tamaño de avestruces y sintió que se le ponían los pelos de punta.

Uno de los pájaros volaba algo adelantado respecto de los otros. Eddie juzgó conveniente esconderse debajo de un frondoso matorral. Ya casi tenía encima aquellos colosales pajarracos.

Eran tres en total. Inesperadamente, vio algo que aumentó todavía más su confusión.

¡Los pájaros iban tripulados!

Cada uno de ellos llevaba un hombre sobre sus lomos, cabalgando de la misma forma que lo harían sobre un caballo. Y, además, iban armados con unas extrañas pistolas, cuyo cañón no medía menos de medio metro de largo.

De súbito, vio que una de las pistolas emitía un tenue resplandor, algo parecido a una delgadísima

raya de luz. El hombre que volaba en cabeza abrió los brazos, se inclinó a un lado y cayó revoloteando al suelo, estrellándose con sordo choque a menos de veinte metros del lugar en que se hallaba escondido Eddie.

El joven se aterró. Si aquellos hombres le veían, dispararían contra él sin vacilar. ¿A qué misterioso mundo había ido a parar? ¿En qué lugar, donde los pájaros eran gigantescos y, además, se hallaban domesticados para servir de cabalgaduras, se encontraba?

Los dos hombres gobernaron a sus monturas aladas, haciéndolas describir un amplio círculo sobre el punto donde había caído el perseguido. A los pocos momentos, viraron en redondo y se alejaron de aquel lugar a toda velocidad.

El pájaro sin jinete aterrizó a poca distancia y, con perfecta indiferencia, empezó a escarbar la tierra con sus grandes garras, sin duda para buscar comida. Eddie lo contempló con temeroso asombro. Aquel pájaro no medía menos de tres metros desde las patas al arranque del cuello. El pico tenía unas dimensiones descomunales: más de un metro, y parecía capaz de cortar a un hombre en dos de un solo golpe.

Pero, le pareció, debía de ser un ave muy mansa. Los hombres podían engañarse, los animales no, estimó. Y el instinto le dijo que si el pájaro atacase a los seres humanos, ya habría cargado contra el matorral, para disfrutar de la magnífica presa que constituía él.

Arriesgándose a todo, salió de su escondite. El pájaro alzó la cabeza una vez, le miró apaciblemente y luego continuó su tarea. Sin duda estaba buscando lombrices y otros insectos que vivían bajo tierra. Algo más tranquilo, Eddie se acercó al muerto.

Era un hombre joven, más que él, y tenía en el pecho un minúsculo orificio que apenas había sangrado. Eddie se preguntó si sus perseguidores no serían una especie de policías, lanzados a la caza de algún peligroso criminal.

¿Un criminal? La cara tenía un aspecto muy agradable, a pesar de la deformación sufrida por la muerte. Quizá se trataba de algo peor, pensó amargamente.

Una cosa era cierta: allí, al alcance de sus manos, tenía ropas y calzado. Al muerto ya no le hacían falta.

Momentos después, estaba vestido con una blusa holgada, pantalones ajustados y una especie de mocasines blandos, muy cómodos. ¿Adónde podía ir ahora?, se preguntó.

El instinto le hizo saber que se hallaba en un mundo muy distinto de la Tierra. Aquel disco opalino, los extraños fenómenos registrados en los días precedentes y que tanto habían preocupado al gobierno... ¿Se había producido una colisión de mundos, con los extraños resultados que él habla tenido ocasión de padecer?

De repente, antes de que tuviera ocasión de establecer una hipótesis medianamente aceptable, oyó un ruido a sus espaldas.

Alarmado, se volvió, pensando en que tal vez el pajarraco se disponía a atacarle. Pero no, era una mujer.

CAPÍTULO II

Para Eddie, todo cuanto le sucedía era tan fantástico, que se preguntó si no estaría soñando en su cama. En cualquier momento, se despertaría y comprobaría que todo había sido una pesadilla.

La mujer era joven, de pelo muy negro y pupilas verdosas, exquisitamente formada y de unos veintidós años. Vestía blusa y pantalones cortos, y se calzaba con unos mocasines muy parecidos a los que Eddie se había puesto unos minutos antes.

Ella le miró con infinita curiosidad.

- ¿Quién eres? – preguntó.

El joven carraspeó.

- Me... me llamo Eddie Tickner..., pero puedes llamarme Eddie a secas, si lo deseas – respondió.
- Yo soy Lyssis de Vorlux. – De pronto, los ojos de la joven repararon en el cadáver-. Oh... ¡Es Ryhol! ¡Y está muerto!
- Sí, yo me he puesto sus ropas, porque...
- ¡Lo has matado tú! –acusó ella.
- Un momento –dijo Eddie-. No te precipites en tus juicios. Te juro que yo no tengo nada que ver con esta muerte. Es más, de no haberme escondido, también estaría haciendo compañía a Ry..., ¿cómo has dicho que se llamaba?
- Ryhol –repitió ella.
- Si era amigo tuyo, lo siento muchísimo. Fueron dos hombres. Le perseguían, montados en un pájaro como ese que está ahí picoteando la hierba. Uno de ellos disparó una extraña pistola y Ryhol cayó muerto.

Yo estaba agazapado bajo ese arbusto y por ello no me vieron. Se marcharon apenas comprobaron que Ryhol estaba muerto. ¿Era amigo tuyo?

De pronto, Lyssis cayó de rodillas junto al cadáver, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. Eddie respetó su dolor y aguardó pacientemente a que ella se repusiera.

Al cabo de unos momentos, Lyssis se incorporó, fue al arroyo, se lavó la cara y luego regresó junto

al joven.

- Dispensa, no he podido contenerme —manifestó—. Ryhol era uno de mis más fieles amigos. Ha muerto por mi causa.

Eddie intuyó que en aquellas palabras había un fondo político indudable.

- Eran hombres de Haron Roh-Kutt —añadió ella.
- Oh... No le conozco...

Lyssis estudió con curiosidad al hombre que tenía frente a sí.

- ¿De dónde eres? —preguntó—. ¿Rohnoor o Yawizardor?

Eddie emitió una sonrisa de circunstancias.

- Tierra —contestó.
- ¿Tierra? —se extrañó ella—. Nunca he oído nombrar esa región.
- Es que no se trata de una región, sino de un planeta.

Lyssis abrió la boca, estupefacta.

- Te burlas de mí —dijo, irritada.

Eddie levantó las dos manos.

- Juro que digo la verdad —exclamó, porque presentía que se hallaba en un mundo distinto al que había nacido.
- Otro planeta —dijo ella—. Pero ¿cómo has venido a parar aquí? No veo ninguna nave voladora...
- Es un poco largo de explicar —contestó Eddie—, Si te parece, te contaré todo después de que haya enterrado a Ryhol. Aunque no sé cómo voy a hacerlo, con las manos desnudas. .

Lyssis frunció el ceño.

- Llevas sus ropas —dijo.
- Eso forma parte de la explicación —sonrió Eddie.
- Entonces llevas...

Eddie vio que la muchacha alargaba la mano hacia su blusa, pero, casi en el mismo momento, se oyó un distante fragor.

Lyssis cortó el gesto en el acto y volvió la cabeza.

- ¡Vienen los tigres emigrantes! —exclamó, aterrada.
- ¿Qué? —dijo Eddie.

Ella le agarró por una mano.

- Ven —dijo—. Tenemos que escapar de aquí en el acto o moriremos horribilmente.

El pájaro había alzado la cabeza y parecía muy inquieto. Lyssis emitió un grito, modulado en cuatro tonos, y el ave se agachó, replegando sus patas. Entonces Lyssis subió desde la cola y se situó a horcajadas en la base del cuello

- ¡Aquí, Eddie!

El joven no se hizo de rogar. Lyssis emitió otro grito y el gran pájaro se irguió. Primero corrió unos cuantos metros, batiendo el aire con sus gigantescas alas. Luego dio un tremendo salto y se elevó en las alturas.

Eddie se sentía estupefacto. El vuelo del pájaro era muy suave, aunque, naturalmente, sentía en las posaderas unas ligeras vibraciones, procedentes de las contracciones musculares del animal al mover las alas. Por lo demás, sentado detrás de la muchacha, sobre una esterilla de fibras, gruesas y suaves, a modo de montura, se encontraba perfectamente, sin temor a una caída fatal.

La velocidad no era muy grande; Eddie la calculó entre los setenta y ochenta kilómetros por hora. Pero también se imaginó que, en caso necesario, el pájaro podía volar con mucha mayor rapidez. Aquel vuelo, en apariencia lento y sostenido, le permitiría al ave mantenerse durante muchas horas en el aire.

De pronto, sin poder contenerse, lanzó una estrepitosa carcajada.

- ¿De qué te ríes? —preguntó Lyssis, asombrada.
- Oh... Hace sólo unas pocas horas, yo volaba en un aparato, que podía alcanzar miles, de kilómetros por hora. En cambio, ahora estoy sobre un pajarraco...
- ¡Mira! —gritó ella de pronto—. Mira hacia abajo y verás de qué peligro hemos escapado.

Eddie se ladeó un poco y sintió frío en la espalda. A unos doscientos metros de distancia, el suelo hormigueaba de seres negros y amarillos, que avanzaban en espesas columnas.

- ¿Esos son... los tigres emigrantes?
- Sí. Cuando agotan sus medios de subsistencia en

una zona, emigran en manadas compuestas a veces por cientos de miles de individuos. Arrasan todo cuanto encuentran a su paso, ¿sabes?

- Vamos, que este planeta es una delicia. ¿Qué pasa si no encuentran más comida?
- Mueren —respondió Lyssis escuetamente.
- ¿Todos?
- Sobreviven los más fuertes, suficientes, sin embargo, para que la especie no quede extinguida. Pero eso puede tardar en producirse todavía algunas semanas... Pobre Ryhol —suspiró—. Ahora devorarán su cuerpo...

De repente, Lyssis lanzó una exclamación.

- Eddie, mira el bolsillo izquierdo de tu camisa —pidió.

El joven obedeció.

- Hay una placa de metal.
- Dámela.

Eddie le entregó la placa, de metal mate y de unos doce centímetros de largo por seis de ancho. El grueso era inferior a un milímetro. Lyssis la tomó con la mano izquierda, frotó un poco con la derecha y luego se concentró en el examen de la parte frotada.

Al cabo de unos segundos, volvió a emitir una exclamación:

- ¡Lo ha conseguido!

—¿Quién es ése y qué ha conseguido? —preguntó Eddie, que no entendía nada de lo sucedido.

- Haron Roh-Kutt. Violando todas las leyes establecidas por nuestros antepasados, ha hecho caso omiso de la predicción de la Máquina y, tras un golpe de Estado, se ha proclamado «Thsurr».
- Sigo sin comprender nada en absoluto —dijo el joven.
- Debieras comprenderlo...
- Es que no soy de aquí, Lyssis.
- Ah, es verdad. Bueno, la palabra «Thsurr» designa al jefe supremo de este mundo.
- Algo así como rey o presidente, ¿no?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

- Sí. Pero ese autonombramiento es ilegal —contestó.

Eddie soltó una risita.

- Lyssis, dime, ¿tiene Haron la fuerza, es decir, los soldados?
- Sí.
- Entonces no te quejes, porque sería inútil. El que tiene la fuerza tiene también el poder.
- Pero eso es ilegal...
- Haron buscará el procedimiento de legalizar lo que ha hecho.

Ella se revolvió furiosa.

- Diríase que apruebas lo que ha hecho Haron — exclamó.
- No, pero conozco casos similares, que se han producido en mi planeta a lo largo de los siglos. Claro que, por lo que yo sé, ninguna máquina intervino directamente en el nombramiento de un jefe de Estado... ¿Qué clase de máquina es ésa, Lyssis?
- Tiene los datos de todos los ciudadanos de Eskvar, nuestro planeta, absolutamente todos. Entonces, cuando se produce el fallecimiento de un «Thsurr», la Máquina se consulta a sí misma y nombra a su sucesor.
- Oh, es una manera muy elegante de suprimir el jolgorio de las elecciones. Y también de ahorrar dinero al contribuyente — dijo Eddie, sarcástico —. ¿Era ése el mensaje que te traía Ryhol?
- Sí.
- Entonces sabrás también quién iba a ser el nuevo rey de Eskvar, si Haron ha usurpado el puesto.

— Si, lo sé. La Máquina me nombró a mí. Y, mientras tenga un hálito de vida, lucharé por el puesto que me pertenece legalmente — declaró Lyssis con voz firme.

Pasaron algunos minutos. Eddie trataba de rumiar las palabras de la muchacha. «Caramba, estoy volando con una reina estelar», se dijo.

De pronto, Lyssis tocó con a mano en el cuello del pájaro, que empezó a perder altura de inmediato.

- Ya hemos rebasado la zona de emigración de los tigres —dijo.
- ¿Vamos a aterrizar aquí?

- Sí. Acamparemos esta noche. Mañana continuaremos el vuelo.
- ¿Adónde?
- A un lugar donde tengo amigos fieles, que me ayudarán a derrotar a Haron – contestó ella rotundamente.

Eddie cerró los ojos. Aquellos idealistas, dignos de admiración, sin duda, no podrían nada contra un hombre que, desafiando todas las leyes, había conquistado el poder. Tendría a los soldados de su parte, bien convenciéndoles mediante prebendas o por el miedo. Y no le faltarían espías, pensó tristemente.

El pájaro puso sus patas en el suelo. Lyssis saltó directamente desde el cuello a la hierba.

- Voy a bañarme – anunció, a la vez que se encaminaba hacia el arroyo que corría a poca distancia.
- ¿Y el pájaro?
- No te preocupes. Ya le he dado orden de que se mantenga en las inmediaciones.
- Eso está muy bien, pero ¿qué vamos a cenar?

Lyssis se volvió y señaló un árbol situado a una cincuentena de pasos.

- Coge fruta – respondió sobriamente.

Eddie hubiera preferido mejor un conejo asado en las brasas, pero comprendió que, después del exterminador paso de los felinos emigrantes, no debía de quedar allí ni un mísero ratoncillo de campo. Resignado, se acercó al árbol y agarró uno de aquellos frutos, de forma alargada y color rojo amarillento.

La piel era muy fina. Mordió un poco y encontró un agradable gusto a manzana. Cogió un par de frutos más y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el árbol. Cien metros más allá, el pájaro acababa de desenterrar lo que parecía una lombriz de dos metros, que engulló en un santiamén.

A Eddie ya no le cabía la menor duda de que se hallaba en un mundo completamente distinto de la Tierra. Pero ¿cómo había llegado allí? ¿Se hallaba tal vez en una dimensión nueva y, por lo mismo, desconocida? ¿Coexistían la Tierra y Eskvar en un plano tangencial, que delimitaba dos universos

absolutamente diferentes, aunque con el factor común de estar habitados por seres inteligentes y de la misma raza humana?

El sol se ponía rápidamente. Eddie se tocó la encía con la lengua. La herida de la muela arrancada violentamente parecía casi curada. En Eskvar, supuso, los procedimientos regenerativos debían de resultar mucho más rápidos, tal vez por especiales condiciones ambientales.

De pronto, sonrió.

- ¿No querías volar por el ancho mundo y, en cierto modo, correr aventuras? —habló a media voz—. Bien, ya tienes lo que tanto deseabas; ya has abandonado tu monótona existencia de granjero. Ahora, como Dios no lo remedie, y no parece que vaya a hacerlo, vas a correr más aventuras de las que habrías imaginado en tus locos sueños.

Lyssis vino a los pocos minutos, escurriéndose el largo cabello con las manos. Cogió un par de frutos y se arrodilló frente al joven.

- ¿Te ha gustado? —inquirió.
- Sí. Ahora me agradecería hacerte una pregunta.
- Te escucho, Eddie.
- ¿Qué vamos a hacer ahora?
- Esta noche dormiremos aquí. Mañana iremos a la granja de unos amigos, que nos darán cobijo durante unos cuantos días mientras decidimos lo que debemos hacer para derrocar a Haron.
- Una guerra, ¿eh?
- Si no hay otro remedio...
- En las guerras muere mucha gente, Lyssis.

Ella le miró tristemente.

- No lo hago por mí, no lo hago por satisfacer mi orgullo personal —contestó—. Lo hago porque no quiero que mi pueblo sufra bajo el poder de un tirano como Haron Roh-Kutt.

Eddie no quiso decir nada. Interiormente, se mostraba escéptico en las cosas de la política. Aunque era joven, había visto demasiado para creer con absoluta sinceridad en todas las palabras de los políticos. Todos decían tener como máximo interés preservar la libertad y proteger al pueblo.

- Y luego se «forran» —murmuró.

- ¿Decías...? -preguntó Lyssis.
- No, nada, nada. ¿Está muy lejos la granja de tus amigos?
- A diez horas de vuelo.

Eddie suspiró. Les aguardaba una larga jornada de incomodidad sobre los lomos del pájaro.

- Allí habrá, supongo, algo mejor que frutos para comer -dijo.
- ¿Sólo te preocupa la comida? -exclamó ella, un tanto irritada.

Eddie apoyó la cabeza en el tronco del árbol.

- En estos momentos es lo único importante -respondió.

Había cosas de mayor importancia, pero no quiso dar a entender sus preocupaciones.

CAPÍTULO III

Desde el aire, contemplaron la granja silenciosa, sin que se observaran en ella los menores movimientos de personas. Eddie empezó a sentirse aprensivo.

En el edificio principal, construido con materiales sólidos, aunque con un estilo muy extraño para el terrestre, se apreciaba una chimenea. Pero no se veía el menor rastro de humo.

Había animales domésticos en los corrales: una rara especie de gallinas, cuadrúpedos semejantes a cerdos y lo que parecían unos caballos de tiro. Un arroyo llegaba de unas rocas cercanas y saltaba en una cascada, lo que había sido aprovechado para mover un molino de paletas que, en aquellos momentos, giraba sin utilidad alguna.

- Parece que no hay nadie —observó él.
- Estarán dentro de la casa —dijo Lyssis.
- Observo movimientos en los animales. Tus amigos tendrían que habernos visto.
- Tal vez hacen algo importante...

En la voz de Lyssis había una nota de inquietud. Hizo que el pájaro tomase tierra y saltó en el acto. Eddie la siguió de cerca.

Ella entró en la casa. Inmediatamente, Eddie oyó un terrible grito.

Unos segundos más tarde, contemplaba, lleno de consternación, el espectáculo de cuatro cuerpos caídos en el suelo, esparcidos por distintas piezas de la casa. Todos los cadáveres mostraban los orificios típicos producidos por los disparos de aquellas extrañas pistolas, idénticos al que había causado la muerte de Ryhol.

A Eddie aquel tétrico espectáculo le recordó en cierto modo viejas películas del Oeste, en que se relataban sublevaciones de los pieles rojas, que asaltaban y asesinaban a los colonos. Pero allí no había salvajes enfurecidos por las depredaciones de los «rostros pálidos».

- Lo han hecho los hombres de Baxid Tuh-Yanor —dijo Lyssis con la cara entre las manos.

- ¿Quién es ese tipo? – preguntó Eddie.
- El brazo derecho de Haron... El comandante en jefe de sus tropas...
- Sí, todo tirano suele tener siempre un hombre que secunda sus planes – convino Eddie—. Pero ¿por qué han tenido que matar a unos pacíficos granjeros?
- Eran amigos míos.
- Y te iban a dar hospitalidad.
- Sí.
- ¿Te quedan más amigos?

Lyssis se irguió.

- Muchísimos –contestó.

Eddie meneó la cabeza.

- No te hagas ilusiones – dijo –. Tienes menos amigos de los que crees y, entre éstos, no hay duda, existen espías.
- Imposible. Todos me son fieles, absolutamente leales.

Eddie soltó una risa amarga.

- Lyssis, piensa en la persona que conocía tus planes de permanecer aquí una temporada y encontrarás al traidor. Mientras tanto, si no te importa, yo me ocuparé de dar cristiana sepultura a estos desdichados.

Ella, completamente desmadrada, se desplomó en una silla. Mientras sacaba el primer cadáver al exterior, Eddie se preguntó qué clase de proyectiles utilizaban aquellas extrañas pistolas. Por la situación de la herida, parecía que el impacto no podía resultar mortal. Sin embargo, el jefe de la familia había muerto.

En un cobertizo encontró una rara máquina excavadora. Con la ayuda de Lyssis, consiguió ponerla en marcha. Funcionaba por electricidad, tomada de un generador que transformaba la energía solar. En pocos minutos, excavó una tumba lo suficientemente capaz para los cuatro cadáveres.

Al terminar, buscó dos tablas y construyó una cruz.

- ¿Qué es eso? –preguntó Lyssis, intrigada.
- Solemos hacerlo en las tumbas de nuestros familiares – contestó él.

Más tarde, liberó la mayor parte de los animales

domésticos. Retorció el cuello a una gallina y la peló, para meterla a continuación en una cazuela.

- No piensas más que en comer —dijo ella, furiosa.
- Con la tripa vacía no se va a ninguna parte —respondió Eddie, sentenciosamente—, Dime —"continuó—, en el supuesto de que no encontrases a tus amigos, ¿habías pensado en otra alternativa?

Lyssis vaciló.

- Tengo más amigos en una aldea, situada a veinte horas de vuelo...
- ¿Dirección?
- Oeste.

Eddie frunció el ceño. Ellos venían del Este.

- Tendríamos que encontrar antes al traidor —dijo.
- ¿Por qué?
- Conocen cada uno de tus pasos. Si vamos a ese pueblo, seguramente encontraremos más muertos.
- Pero no podemos volver a Eskvaria.
- ¿Es la capital?
- Sí.

Eddie removió el contenido de la cazuela.

- Empiezo a sospechar una cosa —dijo.
- ¿Sí?
- Tú estabas escondida en un punto, al cual se dirigía Ryhol. Ryhol murió, pero a ti no te pasó nada. Ahora venimos a esta granja y nos encontramos muertos a tus amigos. Estoy por pensar que lo que Haron pretende, en realidad, es aislarte.
- No entiendo...
- Es muy probable que piense que tu muerte podría perjudicarle políticamente. A fin de cuentas, fuiste elegida por la Máquina, ¿verdad?
- Sí, aunque faltaba el requisito legal de la proclamación.
- Vamos, una especie de jura del cargo. Haron se te anticipó, declarando un error de la máquina o algo por el estilo, ¿eh?
- Sí.
- Por tanto, prefiere intimidar a tus partidarios, contra los que puede actuar con

mayor impunidad. A ellos no los eligió la Máquina.

- ¡Pero son seres humanos!
- Eso le importa muy poco a Haron. Lo que quiere, en mi opinión, es hacerte abandonar la partida. Porque calcula, quizás acertadamente, que tú no vas a permitir que tus amigos sigan muriendo. ¿Lo entiendes ahora?

Lyssis asintió, muy preocupada.

- Sí, pero ¿qué podemos hacer?
- Se me está ocurriendo una idea. — Eddie acercó la nariz a la cazuela—. Mmmm..., qué bien huele... Oye, ¿hacéis vino en Eskvar?
- Sí, claro.
- Entonces busca una botella.

Ella se puso en pie.

- Si estuvieras en mi pellejo...
- Estoy por pensar que la Máquina se equivocó al elegirte. Eres menos fuerte de lo que debe ser un jefe de Estado..., una reina estelar, para ser más exactos. En cierto modo, puede que Haron tenga razón.
- ¡Eddie, no hables así! — gritó Lyssis coléricamente.

El joven se echó a reír.

- Bueno, ya es hora de que empieces a reaccionar — dijo —. Deja las lágrimas a un lado; eso no sirve para nada.

Lyssis puso la botella y unos vasos sobre la mesa.

- Antes has hablado de una idea. ¿Cuál es? — preguntó.
- ¿Sabes dónde está la Máquina?
- Por supuesto... Oye, si piensas llegar hasta ella, estás loco. Nadie puede alcanzarla sin morir
- ¿Cuántos lo han intentado?
- Ninguno, claro. La prohibición subsiste desde que se construyó...

Eddie destapó la botella y llenó un vaso. Con él en la mano, dijo:

—Entonces aquí tienes al primer hombre que va a llegar a la Máquina.

* * *

Terminó de roer el último hueso y se recostó satisfecho en el respaldo de la silla.

—Tenía ganas de meter en el estómago algo más que manzanas con forma de plátano —dijo.

—Celebro que te sientas mejor —contestó ella fríamente—. Pero ahora debemos marcharnos...

—Oh, no, todavía no.

—Aquí no podemos continuar, Eddie —dijo Lyssis crispadamente.

—Preciosa, a partir de ahora vamos a hacer las cosas a estilo terrestre. —Eddie tomó otro sorbo de vino y se puso en pie—. ¿Habrá armas en la casa?

—No. Sólo las pueden utilizar los soldados.

—Entonces me fabricaré mis propias armas.

—¿Cómo? No tienes metales, ni fragua para fundir el metal...

—Lo único que necesito es un buen cuchillo —sonrió Eddie—. Dime, ¿se marchará el pájaro?

—No, mientras yo no se lo ordene. Están entrenados para permanecer siempre junto a su dueño.

—Es curioso —dijo él—. Una civilización, que dispone de una computadora para elegir a su jefe de Estado... y usa pájaros en lugar de aviones.

—También tenemos naves —dijo ella, ofendida.

—Entonces ¿por qué los pájaros?

—Eskvar está dividido en dos países: Rohnoor y Yawizardor. Estamos en Rohnoor y sus leyes no permiten el uso de naves voladoras. Ni siquiera Haron se atreve a contravenir esa ley.

—Y en Yawizardor si hay aviones.

—Sí.

—Bueno, de momento, nos contentaremos con los pajarracos. ¿Pueden volar en Yawizardor?

—Allí puede volar cualquier cosa que se mantenga en el aire. Pero todavía no me has dicho qué clase de armas piensas construir...

—Las que se usan en mi planeta desde que el hombre supo mantenerse erguido —contestó Eddie

solemnemente.

Los días que siguieron fueron de intenso trabajo. Lyssis contemplaba con curiosidad las tareas que realizaba el joven. Luego, llena de asombro, le vio hacer las primeras pruebas, con bastante éxito, según pudo apreciar.

- En mi juventud..., bueno, cuando yo era un adolescente, llegué a ganar un campeonato —explicó Eddie, muy satisfecho.
- Entonces no vamos a la aldea —dijo Lyssis.
- No. Iremos al lugar donde está la Máquina.
- Supongamos que llegas indemne. ¿Qué harás entonces?
- Destruirla.

Lyssis se quedó atónita.

- Pero eso no puede ser... Fue construida hace cientos de años...
- Las cosas no son eternas —dijo él.
- Se producirá una grave alteración...
- Vamos a ver —exclamó Eddie, procurando ser paciente—. ¿Quieres o no quieres recobrar tu puesto?
- Claro que sí. Pero si destruyes la Máquina...
- ¿Tratas de decirme que sin ese artefacto no sabrás gobernar?

Lyssis se puso colorada.

- Es la principal ayuda de todo «Thsurr» —confesó, avergonzada.
- Sí.
- Eso me recuerda a un amigo cojo que yo tenía. No podía caminar sin muletas.
- No entiendo nada, Eddie.
- Es una metáfora. Dime, según tu velocímetro particular, ya que cuentas el tiempo de viaje por horas, ¿cuánto hay de aquí a Eskvaria?
- Ciento veinte horas de vuelo.

Eddie hizo un rápido cálculo.

- Suponiendo que hagamos diez horas al día, resultan doce jornadas de viaje hasta la capital.
- En efecto.
- Es de suponer que Haron tenga un palacio o algo por el estilo. ¿Está allí la Máquina?

—No. Está en una colina, situada a media hora de

vuelo, hacia el Norte. Bueno, en realidad, se halla bajo tierra...

- Entonces iremos a la colina y pegaremos un buen puntapié a ese condenado trasto -dijo Eddie alegremente.

A continuación, se puso a trabajar en otra labor, que dejó estupefacta a la muchacha. Cuando terminó, Lyssis le preguntó qué significaba aquello.

- Ya te dije que actuaríamos a estilo terrestre, es decir, de una forma nada convencional, según las normas de Eskvar, claro. Por tanto, como es de suponer que podemos tener algún tropiezo en el camino, prefiero estar preparado para el caso de un encuentro con los chicos de Haron -contestó Eddie.

Al día siguiente, emprendieron la marcha.

Eddie había preparado comida suficiente para varios días. Por las explicaciones que Lyssis le había dado, sabía que volarían sobre un territorio no castigado por los tigres emigrantes. Por tanto, encontrarían caza, que les permitiría subsistir hasta la llegada al objetivo.

Una semana más tarde, cuando se disponían a levantar el vuelo, divisaron en lejanía media docena de pájaros gigantes que volaban en línea, siguiendo una dirección opuesta a la que llevaban.

- Bueno, ahí los tenemos -dijo Eddie tranquilamente.

CAPÍTULO IV

El gran pájaro alzó el vuelo, llevando consigo a un maniquí, que representaba muy aproximadamente la figura de Lyssis. Eddie y la muchacha quedaron agazapados bajo un matorral, contemplando la persecución que se había iniciado inmediatamente.

- Eso no dará resultado — dijo Lyssis —. En cuanto se den cuenta del engaño, volverán aquí.
- Y yo les haré un recibimiento muy entusiasta.

Transcurrió media hora. De pronto, vieron que los pájaros volvían nuevamente.

Lyssis se alarmó.

- Tranquila, muchacha; déjame actuar — dijo Eddie.

Las grandes aves tomaron tierra en las inmediaciones del lugar donde se había escondido la pareja. Sus pasajeros desembarcaron en el acto.

- Buscadla — ordenó, alguien —. No puede estar muy lejos.

Seis hombres armados se esparcieron inmediatamente. Eddie preparó el arco y las flechas que había construido durante su estancia en la granja. Tensó la cuerda y esperó el momento adecuado.

La primera flecha partió silbando. Uno de los soldados gritó y cayó al suelo, con el brazo derecho atravesado por el palito emplumado. El otro brazo recibió una flecha segundos más tarde.

- Podría matarlos, pero no soy un tipo ávido de sangre —murmuró Eddie.

Dos soldados corrieron hacia el caído y contemplaron estupefactos aquellos extraños proyectiles. Antes de que pudieran utilizar sus pistolas, más flechas volaron por los aires, atravesando miembros y produciendo heridas que inutilizaban a los atacantes.

- ¡A la izquierda, Eddie! — gritó Lyssis de pronto.

El joven giró en redondo. Uno de los soldados le apuntaba con su pistola. Eddie se dejó caer de costado y el finísimo rayo de luz pasó

inofensivamente por encima de su hombro izquierdo. Ya tenía tensa la cuerda y el arco disparó una nueva flecha, que atravesó limpiamente el antebrazo derecho de su enemigo.

De pronto, Eddie se sintió arrojado con violencia contra el suelo. Lyssis cayó encima de él.

Eddie comprendió que la muchacha le había empujado para evitarle ser víctima de los disparos de aquellas extrañas pistolas. Haciendo un poderoso esfuerzo, consiguió poner una nueva flecha en el arco.

El soldado tomaba puntería con toda calma, para no fallar su blanco. Eddie decidió que la rapidez era lo más importante y tiró al bulto.

Se oyó un agudo alarido. El soldado abrió los brazos y cayó de espaldas, con el pecho perforado por el proyectil emplumado. Eddie se sentó en el suelo y puso su última flecha en la cuerda.

Todavía quedaba un soldado, pero, aterrado, huía, ansioso de escapar a aquella extraña arma que había derribado ya a sus cinco compañeros.

- ¡No le dejes huir o avisará a Baxid! – gritó Lyssis.

Eddie se puso en pie de un salto. El soldado estaba ya a punto de alcanzar uno de los pájaros, que picoteaba apaciblemente en la hierba. Eddie tomó puntería lentamente y soltó la cuerda.

La flecha describió una rauda parábola y se clavó en la parte posterior del muslo del fugitivo, quien cayó inmediatamente a tierra. Eddie se acercó al soldado muerto y le arrancó la flecha. Lyssis se apoderó de su pistola.

- Creo que puedes dejar ya el arco y las flechas – dijo ella -. Hay armas de sobra.

Eddie asintió. Los soldados heridos no se preocupaban de otra cosa que del dolor que les causaban las heridas. Eddie les quitó todas las pistolas, con la sonrisa en los labios.

- Curaréis pronto – dijo.
- No iréis muy lejos – aseguró uno de los heridos -. A ella la buscan por todas partes...
- Es una búsqueda ilegal –protestó Lyssis vehementemente-. El puesto de Haron es mío.

El soldado se encogió de hombros.

- Yo sólo cumplo órdenes –se disculpó.
Eddie agarró a la muchacha por un brazo.
- No puedes discutir con quienes son simplemente unos subordinados, que hacen lo que les mandan –dijo–. Anda, vámonos.

El pájaro con el maniquí se había perdido de vista. No obstante, aún quedaban seis.

- ¿Debemos utilizar uno para los dos o hemos de viajar en montura individual? –consultó Eddie.
- Será mejor que sigamos como hasta ahora. Tú no sabes dar órdenes a los pájaros –respondió ella.
- Muy bien, pero recuerda lo que nos ha dicho ese soldado: hay cientos de compañeros suyos buscándonos.

Lyssis se mordió los labios.

- Dudo mucho de que lleguemos hasta la Máquina –dijo desanimadamente.

Eddie entornó los ojos, procurando recordar la dirección desde la que habían llegado sus atacantes.

- Viajaremos hacia el Este –dijo al cabo–. Luego subiremos hacia el Norte, viraremos más adelante al Sur y, finalmente, tomaremos la dirección Sur, para llegar a la colina por un punto en el que no nos esperan.
- Será un rodeo muy largo,...
- No importa –contestó él–. Por otra parte, no es la prisa lo que nos domina precisamente. Lo que interesa es la seguridad. A menos que tengas alguna objeción que formular.
- No, me parece bien, salvo que dudo mucho de que consigas llegar hasta la Máquina.
- Puedes estar segura de que llegaré –afirmó Eddie rotundamente.

Lyssis ya no dijo nada. Se acercó a uno de los pájaros y silbó de una manera especial. El ave dobló las patas inmediatamente. Un silbido de distinta tonalidad hizo que los cinco pájaros restantes alzaran el vuelo de inmediato.

- Un bonito sistema de comunicaciones –comentó Eddie–. ¿No conocéis las transmisiones por radio?
- ¿Qué es eso? –preguntó la muchacha.

Eddie alzó los ojos al cielo. «Bonito país. Se

dejan gobernar por una computadora y no saben siquiera qué es la radio», pensó.

- Vamos — dijo ella de pronto —. Por el camino me explicarás lo que has querido decir.
- Sí, habrá tiempo para explicaciones —convino el joven.

* * *

El pájaro volaba con relativa lentitud, nunca a una altura superior a los doscientos cincuenta metros, observó Eddie.

- ¿Por qué? — preguntó, curioso.
- No se les puede ordenar que suban más alto — repuso Lyssis—. Si superan ese nivel, son atacados por una especie de vértigo que les hace perder el equilibrio y se precipitan al suelo. Ni siquiera tienen tiempo de recuperarse y entonces se estrellan, con sus pasajeros, si los llevan.
- ¿Es comestible la carne de estos pájaros?
- ¡Por favor! — se escandalizó la muchacha —. ¿Cómo se te ocurre pensar en una cosa así? Son unos seres muy mansos y obedientes.
- Bueno, en la Tierra también tenemos seres mansos y obedientes y nos los comemos —contestó Eddie, pensando en lo que podría disfrutar con un buen solomillo de ternera.
- Entonces es que sois unos salvajes.
- Sí, tal vez. De todas formas, creo que no me gustaría la carne del..., ¿cómo dijiste que se llama este pajarraco? Si es que tiene un nombre, claro.
- Nosotros le llamamos «Shudro». ¿Por qué dices que su carne no debe de resultar comestible?
- Por correosa. Son muy musculados y están constantemente en el aire. Claro que, en caso de apuro...

En el cuerpo que le sustentaba, estimó Eddie, había casi el volumen de un rinoceronte terrestre. Aunque, por lógica, debía de ser infinitamente más ligero. «O no podría volar», se dijo.

Descansaron al llegar la noche. Encontraron fruta y saciaron su apetito, junto con parte de los víveres que habían llevado de la granja. El tiempo

resultaba muy agradable, por lo que dormir al aire libre no ofrecía ninguna incomodidad, salvo la de tener que echarse en el suelo.

Tres días después y sesenta horas de vuelo más tarde fueron sorprendidos por una enorme tormenta. No había refugios de ninguna clase, aunque una de las alas del «shudro» les sirvió de cálido cobijo. Habían podido encontrar una piedra que sobresalía un tanto del suelo y ello les sirvió para no mojarse con los menudos arroyuelos que corrían por todas partes.

Al día siguiente, despejado el cielo, reemprendieron el vuelo. Hasta aquel momento, no habían vuelto a tener ningún encuentro con los hombres de Haron.

Durante el alto del mediodía, Eddie dijo que al siguiente volarían en dirección Norte.

- Nos hemos alejado ya bastante y no creo que nos busquen por esta región —calculó—. Por tanto, podemos volar durante cuatro o cinco jornadas más y luego virar al Oeste. En fin, vamos a tardar un poco, pero el tiempo es lo de menos. Lo importante es llegar.

Después de comer, se elevaron de nuevo. Media hora más tarde, divisaron en lontananza una barrera de montañas rocosas, estériles, completamente peladas.

- Eddie, creo que deberíamos virar ahora mismo —sugirió ella.
- ¿Por qué? Aún nos quedan cinco horas de vuelo. Además esas montañas no son demasiado altas. Muy escarpadas, eso sí, pero el «shudro» las salvará fácilmente.
- Recuerda el vértigo...
- El vértigo les ataca cuando están a más de doscientos cincuenta metros del suelo, no importa la altura de ese suelo sobre el nivel del mar. Si es que tenéis mares en Eskvar.
- Claro que tenemos mares.
- Entonces pasaremos al otro lado de las montañas. Hemos trazado un plan y debemos seguirlo sin apartarnos de él, sobre todo, porque no veo inconvenientes en esta parte del camino.

El hombre, vestido con pieles moteadas y calzado con una especie de botas del mismo material, estaba en lo alto de una roca salediza, cuando vio a lo lejos la figura de un gran pájaro, que se acercaba moviendo las alas lentamente.

Un segundo después, descolgó de su cuello una especie de flauta, hecha con un trozo largo de hueso recto y cilíndrico y, llevándosela a los labios, emitió un agudísimo silbido, apenas audible, sin embargo.

Otro sujeto de la misma apariencia captó el silbido a casi veinte kilómetros de distancia. Tenía un silbato análogo y emitió la misma señal de alarma, que llegó a una enorme aldea, situada en un vasto anfiteatro natural, uno de cuyos lados era el borde de un lago de enorme extensión.

Un hombre buscó una gran maza y golpeó un colosal disco de metal que pendía de una viga horizontal, suspendida de dos postes. Los sonidos del gongo se expandieron por todo el poblado.

Los hombres empezaron a salir de sus cabañas semiesféricas, con armas primitivas en las manos: venablos y jabalinas, principalmente. El jefe de la tribu de hombres prehistóricos, un sujeto de colosal estatura y fuerzas hercúleas, abandonó también su choza y miró un instante hacia el lugar del que procedía el aviso.

- Debe de ser gente de Eskvaria — dijo —. Alistad el arma especial que les hemos preparado — ordenó.

Dos docenas de hombres empujaron un rústico carro, de ruedas macizas, las cuales sostenían una gran plataforma de recios tablones, encima de la cual se divisaba un singular artefacto.

- Vamos a darles una buena lección — dijo el jefe, con una sonrisa que partía en dos su enmarañada barba.

El carro fue situado en un lugar despejado. Las mujeres y los chiquillos contemplaban curiosamente la escena.

El artefacto consistía en una especie de ballesta, de colosales dimensiones, cuya cuerda

había sido ya tensada. El armazón de la ballesta estaba situado sobre una segunda plataforma, colocada encima de la primera, y capaz de girar 360° sobre su eje. La flecha, de unos cinco centímetros de grueso, estaba perfectamente alisada y no media menos de dos metros y medio de largo.

- Ahí viene –gritó de pronto uno de los hombres.

El jefe trepó a la plataforma y comprobó la tensión de la cuerda. Luego, con ojo crítico, estudió el vuelo del pajarraco, que no se desviaba un centímetro de su trayectoria.

- Un poco más a la derecha –ordenó-. Levantad un poco la ballesta, muy bien..., así..., así... Atentos a mi mano. Soltad el retén cuando la baje.

Con la izquierda hacía señas a los apuntadores, que movían con gradual lentitud, a brazo, el ajuste de la ballesta. Arriba, sobre los lomos del pájaro, Eddie y Lyssis contemplaban la escena llenos de curiosidad.

- No sabía que hubiera gentes por estos parajes –dijo él.
- Estamos en el país de Kuriz, poblados por seres salvajes y sin civilizar –respondió ella -. Nunca han querido someterse del todo a la autoridad del «Thsurr» y tampoco son tan numerosos como para provocar una guerra. Pero, no obstante, como todos, deben pagar sus impuestos.
- ¡Caramba!–se asombró el joven sinceramente-. ¡Hasta aquí ha llegado esa lacra de la civilización que son los impuestos!
- Así es. Hay que sufragar los gastos del gobierno...
- Burocracia –refunfuñó Eddie despectivamente -. Me pregunto qué ventaja sacarán estos trogloditas de los impuestos que les exigen.
- Todo el mundo está obligado al sostenimiento del gobierno –dijo la muchacha firmemente.
- Sí, claro...–De pronto, Eddie lanzó un agudo grito-. ¿Eh, qué es eso?

Algo ascendía raudamente hacia ellos. Antes de que Lyssis pudiera silbar una orden al «shudro», oyeron un golpe sordo.

El gran pájaro se estremeció horriblemente durante unos segundos. Luego pareció perder las fuerzas y sus alas batieron el aire con menos ímpetu. De su garganta se escapaban unos horribles graznidos de dolor.

Casi en el acto, empezó a perder altura.

- ¡Caemos, Eddie! – chilló Lyssis.

CAPÍTULO V

Eddie se dio cuenta de que el pájaro, herido de muerte, intentaba refrenar la caída por mero instinto. Al inclinarse a un lado, vio una enorme flecha clavada en el costado derecho del animal.

Luego advirtió que iban a parar en derechura al lago. Entonces, Lyssis le gritó una advertencia:

- ¡La pistola, Eddie! ¡Tírala, ahora mismo!

Ella misma dio el ejemplo. Tras un momento de vacilación, Eddie arrojó también la suya.

Vagamente se dio cuenta de que una docena de canoas eran botadas al agua. Los trogloditas les iban a capturar, pensó. «Acabaremos hervidos en una caldera», se dijo lúgubrementemente.

En aquel instante, las armas chocaban con el agua. Eddie vio unos vivísimos chispazos, seguidos de grandes nubes de vapor. Algunos de los nativos que estaban dentro del agua, pero no aún en las canoas, cayeron fulminados.

Eddie comprendió que las armas funcionaban por electricidad que, al transmitirse a través del líquido, mataban a los trogloditas.

- Otro tanto en contra nuestra — murmuró tristemente.

El «shudro» seguía cayendo, aunque refrenaba la velocidad del descenso con un frenético pero inútil batir de alas. De pronto, Lyssis lanzó una exclamación:

- ¡Salta ya, Eddie!

Ella abandonó el pájaro, a unos seis o siete metros de altura, tomando impulso, para caer lo más lejos posible. Eddie hizo lo propio y se hundió profundamente bajo el agua.

Taloneó para subir a la superficie. No lejos de donde estaba, el «shudro» se debatía en las últimas convulsiones de la agonía.

Pero casi en el mismo instante, media docena de canoas los envolvieron en un círculo intraspasable. Cuatro brazos membrudos tiraron de él, izándolo a bordo de la primitiva embarcación. Quiso resistirse, pero un puño le golpeó en la sien y perdió el

conocimiento momentáneamente.

No obstante, despertó muy pronto. Unas manos rudas le empujaron fuera de la canoa. Para asombro suyo, vio a media docena de individuos tendidos o sentados en el suelo, pero moviéndose cada vez con mayor facilidad. Sin duda, la descarga eléctrica había llegado muy atenuada a la orilla, pensó.

Lyssis llegó junto a él, sujeta por dos trogloditas. Las ropas de la muchacha, como las suyas, estaban empapadas de agua. El cabello chorreaba a ambos lados de su cara.

Sonaron gritos de cólera. Eddie vio puños amenazadores. De repente, un gigantesco individuo se abrió paso a viva fuerza y se plantó delante de ellos, con las manes en los costados.

- Bien — dijo, riendo desaforadamente—, ya era hora de que esos vampiros de Eskvaria supieran que nosotros, los kurizitas, hemos encontrado la forma de defendernos de sus malditas pistolas. Construiremos más ballestas y cada vez que vengan gentes de la capital, las abatiremos sin piedad.
- Sin duda —dijo Lyssis—, te estás refiriendo a los cobradores de impuestos.
- Así es, aunque también debo reconocer que es la primera vez que envían a una mujer. Pero ello no hará variar mi decisión en modo alguno.

Eddie presintió que se hallaba ante el jefe de aquellos bárbaros y alzó la mano, como expresando su deseo de intervenir en la conversación.

- Perdón —dijo—. Tengo la sospecha de que tú eres el jefe...
- Sí. Me llamo Tjelin. ¿Es que no lo sabías? — tronó el gigante.
- Es que no somos recaudadores de impuestos.

Tjelin rompió a reír de nuevo. Los hombres que le rodeaban rieron también.

- Es la cosa más divertida que he oído en los días de mi vida — dijo, mientras su enorme pecho se agitaba violentamente, a impulsos de la hilaridad que lo sacudía—. Conque no sois recaudadores, ¿eh? Entonces, por qué viajabais en uno de esos malditos «shudros»?
- No íbamos a viajar a pie, pudiendo hacerlo con

más comodidad — alegó Eddie.

Lyssis adelantó un paso.

- ¿Me permites que te explique? —solicitó.
- Tjelin movió una mano.
- Adelante — accedió.
 - En primer lugar, habrás observado que ni mi compañero ni yo llevamos la túnica amarilla, con el disco azul y plata, propio de los recaudadores de impuestos. La ley dice que no se pague un solo centésimo a nadie que no lleve los distintivos oficiales de su cargo.
 - Eso es muy cierto — convino Tjelin—. Pero yo no sé si esa ley ha sido cambiada. En Eskvaria sois muy caprichosos.
 - Si fuese como piensas, habrían enviado un ejército para obligaros a pagar.
 - La noticia se extendería y nadie pagaría — contesto el gigante con acento lleno de dureza.
 - No somos lo que piensas —intervino Eddie de nuevo—. Ella fue nombrada por la Máquina para el cargo de «Thsurr» y Haron Roh-Kutt le ha arrebatado el puesto, ocupándolo en su lugar.
 - Pero ¿qué historia tan fantástica es ésta? — tronó Tjelin—, ¿Queréis hacerme pasar por tonto?

Eddie se volvió desanimado hacia la muchacha.

- Parece que nada de lo que digamos va a convencerle —murmuró.

La mano de Tjelin se tendió hacia un punto.

- Venís de allí y todo el que viene de allí es nuestro enemigo —clamó.
- Está bien, somos tus enemigos —dijo Eddie, exasperado—. Sólo te falta decirme dónde está la caldera.
- ¿La caldera? ¿Para qué? — se asombró Tjelin.
- Para cocernos. ¿O es que os gusta la carne cruda?

El rostro del gigante se puso del color de la púrpura. De súbito, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

Eddie había recelado al ver la expresión colérica de su interlocutor y estaba ya preparado. En el momento en que el brazo de Tjelin se estiraba, él se echó hacia atrás, a la vez que agarraba con

ambas manos el miembro. Movido tanto por su impulso, como por el tirón del prisionero, Tjelin cayó hacia adelante. Pero antes de que tocara el suelo, sintió dos pies en su estómago. Luego notó que volteaba en el aire antes de chocar de espaldas contra la dura tierra.

Eddie se levantó ágilmente, en medio de la estupefacción de todos los presentes, ninguno de los cuales podía comprender cómo había sido derribado su gigantesco jefe, el más fuerte de la tribu. Tjelin se incorporó, mascullando interjecciones. En el mismo instante, Eddie se elevó por los aires y movió los dos pies en tijereta. El derecho alcanzó la barbuda mandíbula inferior de Tjelin, que salió de nuevo disparado hacia atrás.

Lyssis se sentía aterrada. Tjelin no perdonaría jamás aquella ofensa inferida a su orgullo. Pero, al mismo tiempo, admiraba al joven, quien tampoco estaba dispuesto a dejarse avasallar por un salvaje.

Tjelin tenía ya los ojos vidriosos. Sin darle tiempo a reaccionar, Eddie saltó hacia él y le clavó el puño izquierdo en un estómago, evidentemente más habituado a llenarse de comida que a las peleas. Cuando el gigante se dobló, Eddie remató la tarea con un doble golpe de puño, en la nuca. Tjelin emitió un sonoro bufido, cayó de bruces y se quedó inmóvil.

Un terrible grito de cólera se elevó de los espectadores. Algunos de ellos avanzaron furiosamente hacia el joven. Eddie se creyó perdido.

De repente, se oyó una voz de mujer, enérgica, imperativa :

- ¡Quietos!

Los gritos y los ademanes de furia cesaron casi en el acto. Abriéndose paso entre las espesas filas de trogloditas, una mujer se situó en primer término y miró fijamente a Eddie.

- Mi hermano se tiene bien merecido lo que le ha sucedido — exclamó—. Además, este hombre le ha vencido en una lucha leal, frente a frente y sin más armas que sus propias manos. ¿Cómo te llamas?
- Eddie —contestó el interpelado, que todavía respiraba entrecortadamente—. Ella es Lyssis —

añadió.

- Yo soy Rovea, hermana de Tjelin, el jefe -dijo la mujer-. En su ausencia, y ahora está «ausente» - agrego burlonamente-, gobierno a nuestra gente.
- Eso es lo que se llama derecho de sucesión hereditario -comentó Eddie.
- ¿Qué dices?
- No, nada, no te preocupes; no tiene ninguna importancia.

Rovea se volvió hacia los demás.

- Este hombre vendrá a mi casa - ordenó-. Ella deberá alojarse en la casa de los huéspedes, pero quedará vigilada día y noche.
 - Soy «Thsurr» legalmente - protestó Lyssis.
- Rovea la miró con aire sarcástico.
- Aquí no reconocemos la autoridad de las gentes de Eskvaria - contestó. Empujó con una mano al joven -. Camina, tú.

Eddie se volvió un instante hacia Lyssis. Quería decirle que lo sentía muchísimo, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Rovea metió el hombro izquierdo y se lo cargó como si fuese un saco de grano. «Dios mío, me raptan como si estuviésemos en la Edad de Piedra», pensó el joven.

Bien mirado, se dijo. Eddie, Rovea no carecía de atractivos. Era una mujer joven, de no más de veinticinco años terrestres, alta, de grandes y sólidos pechos, apenas cubiertos por unos trozos de piel moteada, cintura relativamente delgada y amplias caderas, que lo parecían menos, debido a la largura de sus piernas, bien torneadas. Al entrar en la choza, que advirtió estaba construida con grandes losas de barro muy cocido y de extraordinaria dureza, pudo apreciar grandes montones de pieles en uno de los rincones.

Rovea lo arrojó sin ceremonias sobre las pieles.

- Espera ahí - ordenó.

Eddie asintió. Ella salió y regresó de nuevo a los pocos momentos, con un gran cuenco de barro, en el que se divisaba un líquido muy espeso, de color verde oscuro.

- Bebe - ordenó.

Eddie tomó el cuenco recelosamente.

- ¿Qué es?—preguntó.
- Alimento.
- Oh...

El líquido siruposo tenía un gusto ligeramente ácido, pero no desagradable. Al terminar, Eddie sintió su estómago repleto.

- Esto alimenta mucho — comentó.

Rovea se hallaba frente a él, sentada sobre sus talones.

- Cerebro que te guste — dijo—. ¿Cómo has conseguido vencer a mi hermano?
- Psé... No todo consiste en ser más fuerte que los demás. La habilidad también cuenta.
- Sí, pude ver que luchabas con gran habilidad. ¿Dónde aprendiste eso?
- En mi planeta, la Tierra.

Rovea frunció el ceño.

- ¿Tu planeta? ¿Entonces, no eres de aquí?
- No.
- ¿Cómo llegaste?

Eddie hizo un gesto con las manos.

- Ni yo mismo sé explicármelo... — De pronto, pensó que sólo una historia fantástica podría dar resultado—. Allí hay un sabio, enemigo mío, poseedor de gran ciencia, que decidió deshacerse de mí con sus métodos, y me envió a Eskvar — mintió.
- Debe de ser un hombre muy poderoso — dijo Rovea, admirada.
- Lo es, y menos mal que me perdonó la vida. Por cierto, ¿pensáis matarnos?
- No. Seguramente, os haremos prisioneros para siempre.

«Vaya un panorama», se estremeció Eddie.

Sonrió.

- Prisionero es siempre mejor que muerto — dijo.
- No te quepa la menor duda. ¿No eres recaudador de impuestos?
- No, no lo he sido en mi vida. Ni ella tampoco. Pero ¿qué es lo que dais como pago de vuestros impuestos?

Rovea se puso en pie y fue hacia un hueco situado en una de las paredes. Cogió algo brillante y se lo tiró al joven. Eddie atrapó al vuelo aquella

placa metálica, que parecía oro puro.

- Cada habitante de Kuriz tiene que pagar cinco como éstas por año —explicó Rovea.

La placa medía veinte centímetros de largo, por diez de ancho y uno de grueso. Entonces, calculó Eddie, había doscientos centímetros cúbicos de oro, lo que representaba un peso de mil cuatrocientos gramos, aproximadamente.

- Cinco por persona — murmuró.
 - Pero ya no vamos a pagar más. Nos hemos cansado de trabajar para los vampiros de Eskvaria. Rechazaremos siempre a los recaudadores de impuestos.
 - En tal caso, os pueden declarar la guerra.
- Rovea sonrió desdeñosamente.
- Que vengan — dijo, desafiadora. De pronto, se sentó frente al joven—. Has sido muy fuerte luchando, pero ahora quiero comprobar otra cosa.

Sus manos fueron a la espalda y desanudaron el lazo que anudaba las pieles que cubrían sus senos. Eddie tragó saliva.

- Pe... pero...

Rovea se quitó también el ceñidor de pieles que cubría sus caderas, luego se tendió sobre el lecho de pieles y extendió sus brazos.

- Ven — ordenó.
- Mujer, así en frío...
- Ya te calentarás — rió ella.

Eddie se pasó una mano por la cara. Aquello que le sucedía no era cierto. No, estaba soñando...

Pero, de repente, las fuertes manos de Rovea asieron sus brazos y tiraron de él con fuerza.

CAPÍTULO VI

Inesperadamente, cuando ya anochecía, alguien lanzó un fuerte grito en la entrada de la casa.

Rovea se puso en pie inmediatamente y contestó al grito. Luego echó a andar hacia la entrada y recogió un gran cuenco que el desconocido había dejado en el suelo.

- Comida – dijo, sentándose al lado de Eddie.

El joven vio trozos de carne nadando en una salsa que parecía tener un sabor exquisito.

- ¿Qué es eso? – preguntó.
- «Shudro», ¿qué te creías?
- Habéis guisado a nuestro pájaro...
- Estaba muerto, no íbamos a desaprovechar la carne.

Eddie miró a su alrededor, pero no vio nada parecido siquiera a un cuchillo. Rovea, frente a él, metía ya la mano en el cuenco.

- Vamos, come –dijo con la boca llena.

Eddie agarró un trozo de carne. Era fibrosa, pero el cocinero había sabido ablandarla, aparte de revalorizar su sabor con la salsa. Se imaginó a Lyssis, rechazando, asqueada, aquella comida, y casi se echó a reír.

- Los eskvarianos no comen esta carne – dijo.
- Peor para ellos – contestó Rovea casi con un gruñido—. Son gente muy rara; no les hagas caso.
- ¿Matáis vosotros muchos «shudros»?
- Psé... A veces...

Al terminar la comida, Rovea eructó ruidosamente.

Luego trajo una especie de cántaro, del que bebió largamente, pasándoselo a su invitado al terminar.

Eddie tomó un trago, pensando que sería agua, pero se encontró con una especie de aguardiente de bayas, que le hizo pensar había ingerido fuego líquido. Tosió y estornudó hasta casi quedarse ciego, con gran diversión de su anfitriona. Compadecida, Rovea le dio un poco de agua, lo que le

hizo sentirse mejor.

- Aquí estarás bien – dijo ella después.
- ¿Cómo? No entiendo...
- Está bien claro. Tú ya eres mi esposo, un miembro más de nuestro pueblo.

Eddie se quedó con la boca abierta.

- Pero, Rovea, yo no...
- Basta, no discutamos más. Eres mi esposo y gozarás de las mismas prerrogativas que los demás. Cuando sea necesario, saldrás a cazar para mí y para nuestros hijos. Y yo cuidaré de ti y procuraré que siempre estés bien atendido y que nunca te falte de nada.

El joven se aterró ante aquella perspectiva. No se podía negar que Rovea poseía innumerables encantos, pero no todo consistía en la atracción física. Pensar que tendría que quedarse en aquel pueblo de trogloditas el resto de sus días, le puso enfermo.

Rovea le miró con curiosidad.

- ¿Qué te sucede? ¿Te sientes mal?
- No, no... era sólo un mareo...

De repente, unas manos apartaron la cortina de pieles que cubría la entrada. Una sombra voluminosa se detuvo frente a la pareja.

Era Tjelin y no pareció mostrar asombro por ver a su hermana desnuda junto a un hombre, igualmente desprovisto de ropas.

- Me has derrotado, extranjero – dijo el gigante.
- Yo no quería pelear – se disculpó Eddie.
- Cuidado, Tjelin – terció Rovea–, Ahora es mi esposo.

Las pobladas cejas de Tjelin se alzaron en un inequívoco gesto de sorpresa.

- Vaya, eso no me lo habría imaginado yo – exclamó.
- Es todo un hombre – añadió ella intencionadamente.
- Me alegro muchísimo, porque mañana tendrá, que demostrarlo en el duelo sobre la Cascada de los Mil Colores.
- ¿Qué es eso? – gritó Eddie, sintiendo que los pelos le erizaban.
- Lo que manda nuestra ley – contestó Rovea –.

Todo extranjero que quiere formar parte de nuestro pueblo, tiene que pasar por esa prueba.

- Pe... pero yo no quiero vivir en... en Kuriz...
-tartamudeó Eddie.
- Te has casado con mi hermana y eres ya uno de los nuestros - tronó Tjelin-. Felicidades, Rovea, y que pases buena noche.
- Gracias, hermano.

En aquel momento, Eddie se acordó de Lyssis.

- ¡Un momento! -exclamó- Yo ya estoy casado con la mujer que vino conmigo...
- Oh, eso no importa -dijo Tjelin placenteramente-. Yo mismo tengo dos esposas y mi hermana menor tiene tres maridos. Aquí no nos tomamos ese asunto demasiado en serio. ¿Verdad, Rovea?
- Así es - contestó la interpelada -. A mí no me importa compartirte con esa chica delgada y de piel sin color.
- Loco, me voy a volver loco - masculló Eddie. Luego recordó el motivo de la visita de Tjelin y preguntó -: ¿Qué es eso del duelo en la Cascada de los Mil Colores?
- Oh, se tiende una maroma sobre la cascada y los dos contendientes pelean con largos palos.
- Y el que pierde cae...
- Sí, Para el nativo de Kuriz, hay, sin embargo, una red.
- Y el extranjero, si es derrotado, muere.

Rovea le abrazó con fuerza.

- Pero tú ganarás - dijo apasionadamente.

Tjelin soltó una risita y se marchó. Rovea acarició febrilmente al joven, pero Eddie no sentía en aquellos comentarios el menor deseo de entregarse a juegos amorosos. Encolerizado, apartó a la joven y se puso en pie.

- ¡No pelearé! - gritó descompuestamente.
- Sí pelearás -sonrió ella-. Y yo te enseñaré el medio de derrotar a mi hermano para que puedas vivir siempre a mi lado.

Eddie miró fijamente a aquella hermosa salvaje.

«En cuanto se haya dormido, me escaparé. Buscare a Lyssis y nos iremos de aquí...»

Rovea pareció adivinar sus pensamientos.

- Hay centinelas en la entrada -dijo

significativamente.

* * *

El griterío era ensordecedor.

Mientras le equipaban para el combate, Eddie estudió el panorama que le rodeaba.

Habían caminado durante dos largas horas, por caminos que serpenteaban entre espantosos precipicios y riscos que caían a plomo hacia horribles abismos, antes de llegar a una enorme explanada, que terminaba en el borde por donde se precipitaba una rugiente catarata, cuyas aguas caían desde cientos de metros de altura. Una vez se había asomado para mirar hacia abajo y el vértigo casi le había hecho precipitarse al abismo.

Era como una especie de tajo abierto en la roca viva, de unos cien metros de anchura, cruzado por una oscilante maroma, de diez centímetros de grosor, sujeta por ambos extremos a recios pilotes hundidos en el suelo y reforzada la sujeción por tirantes suplementarios. La tensión de la maroma, sin embargo, no era absoluta y en el centro hacía una comba, cuyo desnivel no era inferior a una decena de metros. Además, soplabla una fuerte brisa, que hacía oscilar lateralmente la gruesa soga, con movimientos que causaban escalofríos al terrestre.

Los rayos del sol incidían peculiarmente sobre el vapor de agua provocado por la caída desde tanta altura, y ocasionaban vivos resplandores irisados. De ahí pensó Eddie, provenía el poético nombre de la Cascada de los Mil Colores, nada acorde con aquel torturado paisaje.

Por encima de ellos, se elevaban más riscos, formando un paisaje de salvaje grandiosidad. Sin embargo, en aquellos momentos, Eddie no se sentía capaz de admirar las bellezas del panorama.

Abajo, a unos cien metros de distancia, en sendos escalones situados a ambos lados, había dos grupos de nativos, sosteniendo los extremos de una ancha red, de hilos delgados y malla relativamente estrecha. Pero, hasta el lugar donde las aguas se estrellaban, había todavía trescientos metros más.

La catarata hervía y bramaba en el punto donde chocaban las aguas después de su caída. A veces, se

veían los agudos vértices de rocas que sobresalían del fondo. Muy deprimido, Eddie pensó que lo único que Rovea había querido era refocilarse con él, antes de divertirse viéndole caer al abismo.

Tjelin estaba ya al otro lado, con sus ayudantes. Eddie dejaba que unos nativos colocasen sobre su espalda, a ras de los hombros, el singular aparejo que le permitía conservar el equilibrio durante la pelea.

Era una larga pértiga, de casi diez metros, sujeta a su espalda por anchas correas, pero que, no obstante, dejaba los brazos libres. En los extremos de la pértiga había unos pequeños contrapesos, que aumentarían así la facilidad para mantener el equilibrio.

Lyssis estaba a muy poca distancia. Cada vez que Eddie la miraba, veía que ella tenía la cara escondida entre las manos. Ni una sola vez había conseguido ver el rostro de la muchacha. Eddie se imaginó que Lyssis se sentía terriblemente afligida por su inminente fin.

La pértiga quedó al fin sujeta a su dorso. Rovea le palmeó fuertemente el pecho desnudo.

— Animo — dijo—. Derrótalo y serás uno de los nuestros.

Dos nativos le empujaron hacia la maroma. Otro puso en sus manos un largo palo, provisto en el extremo de lo que parecía una pelota de piel. Con aquel extremo debería golpear a su adversario y hacerle saltar fuera de la maroma.

Tjelin saltó sobre la sogá y corrió ágilmente una docena de metros, mostrando un absoluto desprecio por el precipicio que se abría a sus pies. Eddie puso el pie derecho sobre la superficie áspera y rugosa de la sogá.

Le quedaban unos segundos de vida, pensó. Entonces, repentinamente, se oyó un extraño fragor en las alturas.

Instintivamente, elevó la vista. Eddie se sintió atónito.

Decenas y decenas de «shudros» caían desde las alturas, aleteando furiosamente, a la vez que emitían coléricos graznidos. Entre los trogloditas se produjo un movimiento de pánico.

Tjelin, casi ya en el centro de la maroma, levantó la cabeza y se quedó pasmado de asombro. Entonces, Lyssis lanzó un agudo grito:

— ¡Eddie, muévete! ¡Mueve la pértiga que llevas sobre los hombros!

El joven volvió la cabeza un instante. Lyssis tenía algo en las manos. Un tubito blanco... ¿Qué era?

Pero ella volvió a gritarle. Entonces, empezó a dar vueltas sobre sí mismo. La pértiga golpeaba a los trogloditas, derribándolos por el suelo. Rovea recibió un tremendo golpe en pleno rostro y cayó de espaldas, arrojando sangre por boca y narices.

Los nativos se dispusieron a utilizar sus lanzas y venablos, pero eran menos que alfileres para las gigantescas aves que caían sobre ellos. Aterrado, Tjelin quiso volverse, en el mismo momento en que un colosal «shudro» le propinaba un fortísimo aletazo en el pecho.

Tjelin lanzó un horrible alarido, al sentirse precipitado en el abismo. Otros «shudros», comportándose de un modo furiosamente belicoso, contra todas las noticias que Eddie tenía acerca de su carácter pacífico, asían en sus garras a los nativos, generalmente uno en cada pata, y se elevaban a gran altura, para soltarlos a continuación, dejando que se estrellasen contra el suelo o se precipitasen en la catarata.

La plataforma quedó despejada en pocos momentos. Lyssis saltó hacia Eddie, con un venablo en las manos.

- ¡Por todos los diablos...! — exclamó él, creyendo que la muchacha iba a atacarle.
- Vuélvete — ordenó Lyssis.

Eddie obedeció. El afilado borde de la hoja del venablo, cortó las tiras de cuero que sujetaban la pértiga a sus hombros. Un gran «shudro» había tomado tierra a pocos pasos de distancia y aguardaba mansamente, con las patas dobladas.

De pronto, se oyó un terrible grito de cólera.

Lyssis se volvió. Enloquecida por la rabia, Rovea se había incorporado. Ofrecía un aspecto horripilante, con la cara completamente cubierta de sangre. Pero en su mano se veía un venablo de

aguzada punta.

Lyssis fue más rápida y arrojó su venablo. El arma llegó al pecho de Rovea con tremenda potencia y atravesó su cuerpo de parte a parte.

Rovea saltó hacia atrás, con los brazos extendidos. Estaba al borde del abismo y trató desesperadamente de mantener el equilibrio. Pero, de súbito, le fallaron las fuerzas y cayó.

- ¡Vamos! – gritó Lyssis.

Eddie terminó de soltarse las correas y saltó hacia el «shudro». Lyssis no se quedó a la zaga. Inmediatamente, el gran pájaro se incorporó, corrió unos cuantos metros y saltó por el borde del precipicio.

Eddie creyó que el estómago iba a salirle por la boca. Durante un segundo, el «shudro» cayó a plomo. Luego, sus alas encontraron aire y describió una gran curva vertical, elevándose raudamente para salir a zona más despejada a los pocos momentos.

Agarrado a las plumas del cuello, Eddie creyó soñar.

- Estoy salvado –dijo.
- Gracias a mí –le recordó ella.
- Hombre, sí, es cierto. Casi no he tenido tiempo de darte las gracias... Pero ¿cómo has conseguido que vinieran los pájaros?
- Te lo contaré luego, cuando acampemos.

Eddie no quiso insistir. Sin embargo, pudo darse cuenta de que los «shudros», después del ataque a los trogloditas, desaparecían rápidamente en lejanía, alejándose del rumbo que ellos seguían.

- Lyssis–dijo–, nunca pude imaginarme que fueses capaz de utilizar un venablo.
- ¿Acaso me crees una mujer capaz sólo de lucir en las fiestas? Cuando nos encontramos, llevaba ya tres meses fugitiva y en todo ese tiempo, los esbirros de Haron y de su principal colaborador, Baxid, no habían conseguido dar conmigo – respondió la joven desdeñosamente.

Eddie empezó a pensar que, efectivamente, había calculado mal la capacidad de Lyssis para desenvolverse en situaciones difíciles. De no haber sido por ella, ahora estaría muerto, pensó. Claro que tampoco habría llegado jamás a territorio de

Kuriz y...

Era preferible no seguir haciendo cálculos sobre lo que podía haber sucedido y no se había realizado, se dijo.

CAPÍTULO VII

El «shudro» picoteaba esforzadamente en el suelo, en busca de alimento. Eddie y Lyssis habían cenado unos cuantos frutos que, a lo que parecía, abundaban extraordinariamente en aquel planeta. El sol estaba ya a punto de ponerse.

Lyssis se había dado un baño. Al regresar, se sentó frente al joven y le enseñó un tubo blanco, con un par de agujeros.

- Es un hueso —dijo—. Trabajé durante toda la noche, para darle la forma deseada. Al amanecer, tenía ya listo este silbato.
- Ah, es un silbato.
- Sí, pero emite sonidos muy agudos, que sólo pueden ser percibidos por el oído de un «shudro». Yo sabía que en, la región de la cascada hay numerosos nidales de estas aves. Es una zona que resulta especialmente agradable para los «shudros», ya que en ella es donde se aparejan y tienen los huevos de los que nacerán más tarde sus polluelos. Naturalmente, hay más zonas, pero ésta es una de ellas.
- Y tú los llamaste...
- Sí. Los trogloditas salen muchas veces para cazar a los «shudros». Ellos no ven en estos pájaros un medio de transporte, sino, simplemente, comida. Por tanto, los «shudros» no les tienen ninguna simpatía.
- Que yo sepa, no debe de ser fácil cazar un pajarraco de este tamaño. Al nuestro lo mataron con una flecha gigantesca...
- A veces, se reúnen cien cazadores o más y se apostan en algún lugar donde el «shudro» vaya a buscar alimento. Cien venablos disparados a la vez abaten la pieza. Ellos lo hacen como una especie de rito, aunque puedes imaginarte que los «shudros» piensan de forma muy distinta. Eddie frunció el ceño.
- ¿Tratas de decirme que los «shudros» son inteligentes?
- Bien, no es una inteligencia como la nuestra,

pero sí superior a la de otros animales. Podemos entendernos con ellos mediante el lenguaje del silbato de hueso; es decir, comunicarles ideas básicas, órdenes que puedan obedecer sin dificultad y cosas así. Naturalmente, cuando les pedí ayuda, vinieron con la mayor rapidez posible.

- Les dijiste: «Somos amigos y estamos en poder de vuestros enemigos».
- Algo por el estilo – sonrió ella.
- Cada vez aprendo una cosa nueva. Oye, ¿entienden lo que hablamos?
- No. Es necesario utilizar este silbato... ¿Por qué lo preguntas?
- Es que... la carne del «shudro» que mataron estaba riquísima.
- Si piensas en ese que tenemos ahí, olvídalo. Por cierto –dijo Lyssis con cierto retintín–, ¿qué tal el hospedaje en casa de la hermana de! jefe?
- Oh, no puedo quejarme...
- Se mostró cariñosa, ¿eh?

Eddie hizo una mueca.

- ¿Qué querías que hiciese? No podía negarme... y a fin de cuentas, era bastante guapa. Sólo siento que hayas tenido que matarla...
- No lo lamente. Esos salvajes estaban ya más que hartos del despótico gobierno de Tjelin y de su hermanita.
- ¿Cómo? – se extrañó Eddie.
- Muchos lo habrán celebrado – respondió Lyssis –.

Hablé anoche con uno de los centinelas que me cuidaban. Él fue quien me proporcionó el hueso y una hoja afilada, para trabajarlo en la forma adecuada. Hay una gran proporción de gentes de Kuriz que están cansados de esta vida primitiva. Claro que Tjelin tenía también sus partidarios y por esa razón no se producían choques. Pero ahora, muerto Tjelin, es probable que triunfe el bando partidario de vivir un poco mejor.

Eddie meneó la cabeza.

- Con Haron al frente del gobierno, no creo que mejoren mucho –dijo, escéptico.

- Oh, pagarán sus impuestos y se les proporcionarán cosas de las que carecen ahora... En fin, eso es algo que se discutirá en su momento. Cuando yo recobre el puesto que me arrebataron.

Eddie estudió unos momentos a la muchacha. Se preguntó cuál sería su comportamiento una vez llegada a la cúspide del poder. ¿Actuaría con moderación o resultaría un tirano, quizá aún peor que Haron?

- Tendrás amigos en Eskvaria que puedan ayudarte, supongo.
- Sí — respondió Lyssis orgullosamente—. Más de los que te puedes imaginar.

Eddie ocultó una sonrisa. ¿Con tantos amigos y un usurpador había ocupado su puesto... y ella había tenido que vivir tres meses, perseguida como una alimaña?

Tenía la seguridad de que Lyssis vivía entre nubes, sin contacto alguno con la realidad. Era mejor que viese las cosas por sí misma, en lugar de discutir ahora sobre algo que no querría tomar siquiera en consideración.

Dos días más tarde, mientras volaban en dirección Norte, Eddie vio algo en el cielo que llamó extraordinariamente su atención.

- Lyssis, ¿quieres ordenar al «shudro» que tome tierra? — solicitó cortésmente.

El lugar en que se hallaban era una extensa llanura herbosa, de ligera pendiente, terminada en un riachuelo hacia el Oeste. Por el Este, se divisaba una difusa claridad en el cielo, que provenía de lo alto y llegaba hasta el suelo.

Eddie desmontó del pájaro y caminó unos cuantos pasos.

- ¿Adónde vas? — preguntó Lyssis.
- Aguarda un momento y lo sabrás.

Lyssis corrió para reunirse con él.

- No sigas — dijo.
- ¿Hay algo malo en continuar?

Lyssis tendió la mano hacia adelante.

- ¿No lo ves? ¡Es el fin del mundo!
- Lyssis, no digas tonterías. Yo veo montañas al otro lado, valles, ríos, colinas...

- Por favor, no sigas – insistió la muchacha.
- Bueno, explícame lo que sucede, porque yo no veo nada de particular...

Eddie mentía en parte. Lo que tenía frente a sus ojos era algo muy parecido al extraño resplandor hacia el que había dirigido su avión.

- El que pasa al otro lado, cuando se produce este fenómeno, muere. Desaparece y no se le vuelve a ver jamás – explicó ella.
- Desaparece, ¿eh? – dijo Eddie, con los ojos entornados -. ¿Se produce el fenómeno con mucha frecuencia?
- Una vez cada diez años, aproximadamente. Dura un año o cosa así y luego desaparece y todo vuelve a la normalidad.
- ¿Sabes si hace mucho tiempo que empezó?
- Un mes, aproximadamente. Se lo oí decir a unos soldados que me perseguían. Yo estaba agazapada debajo de unos matorrales y no me vieron, pero les escuché lo que hablaban. Su jefe les recomendó que no volasen en esta dirección.

Eddie movió la cabeza varias veces. Luego, de pronto echó a andar con paso firme.

Lyssis gritó, pero él no hizo el menor caso. Al cabo de unos minutos, empezó a notar un leve hormigueo en el cuerpo.

Retrocedió. Ya no era prudente avanzar un solo paso más Pero, súbitamente, se le ocurrió una idea.

Agachándose, recogió una piedra, que lanzó con todas sus fuerzas. El improvisado proyectil voló por los aires, mientras Lyssis lanzaba un grito de terror.

El ruido que se produjo resultó decepcionante para el joven; apenas se oyó una especie de tenue chasquido. Pero la piedra desapareció al tocar aquella pared casi invisible.

Eddie sonrió satisfecho. Allí, se dijo, estaba el camino de vuelta a la Tierra. Podía volver en unos instantes...

- Si dispusiera de los medios adecuados – murmuró.

Porque el instinto le decía que sólo podría atravesar aquella intangible barrera a gran velocidad, como le haría sucedido al pilotar el

Ya encontraría el medio de pasar al otro lado, se dijo, mientras giraba en redondo.

- Dices que este fenómeno suele durar un año — habló con la sonrisa en los labios.
- Sí, efectivamente, así es.
- Entonces, tengo tiempo.
- ¿De qué, Eddie?
- De destruir la Máquina y volver aquí para marcharme.
- ¿Marcharte?
- En efecto. Por ahí — respondió él con voz firme —, se va a la Tierra.

Lyssis le miró como si estuviese loco. Pero Eddie no quiso hablar más sobre el particular.

- Sigamos — dijo.

* * *

Bostezó voluptuosamente, después de una noche de descanso tranquilo y sin incidentes. Estiró los brazos y, de repente, se quedó rígido, convertido en una estatua

Lentamente, se sentó en el suelo y contempló a los siete hombres armados que formaban un semicírculo a pocos pasos de distancia. Extendió el brazo y tocó en el hombro a la muchacha.

- Lyssis, despierta. Tenemos visita —dijo.

Ella abrió los ojos y lanzó un grito. Uno de los soldados se tocó la sien con tres dedos.

- Capitán Sferril, a sus órdenes, señora — se presentó.

Lyssis se puso en pie de un salto. Eddie lo hizo sin prisas, consciente de que cualquier intento de escapar resultaría inútil.

Con el rabillo del ojo vio al «shudro» escarbando en tierra, a cien pasos de distancia. Un poco más a la derecha, vio una singular nave voladora.

Sustancialmente, consistía en una plataforma, de unos cincuenta centímetros de grueso, por cuatro metros de anchura y ocho de longitud. Había una especie de parabrisas curvo sobre un morro de forma cónica, que supuso debía albergar el motor, y cuatro bancos en hilera, cada uno de ellos capaz para

cuatro personas.

Entonces, supo que habían traspasado ya la frontera. Estaban en Yawizardor. Ya se podían utilizar aparatos voladores.

- ¿Qué es lo que desea de mí, capitán? — preguntó la muchacha.
- Señora, tengo órdenes concretas del Poderoso Haron Roh-Kutt —contestó Sferril—. Quiero decir que esas órdenes nos han sido impartidas a todos los oficiales que la estábamos buscando. Debo llevarla a presencia de Haron, quien desea establecer un pacto con usted.
- ¿Haron... un pacto conmigo? —se asombró ella— ¿Qué clase de trato, capitán?
- Lo ignoro, señora. No se nos ha dicho nada más en las instrucciones que nos impartieron, salvo...
- ¿Sí?
- Por los soldados heridos que fueron rescatados hace días, supimos que usted iba acompañada de un hombre. Lo siento, pero su acompañante debe ser ejecutado.

Hubo un momento de silencio. Lyssis parecía haber perdido el habla. En cuanto a Eddie, estaba convertido en una estatua.

- Oiga —exclamó, haciendo un esfuerzo—, no pueden hacer eso conmigo...
- Si lo ejecutan, me quedaré donde estoy — dijo Lyssis.
- Señora, las órdenes que tenemos son de llevarla a usted, de grado o por fuerza — dijo Sferril, firme, pero cortés.
- La ejecución ha de ser... inmediata.
- Sí, señora.

Lyssis inspiró con fuerza.

- Al menos, capitán, podrá concederme un favor — solicitó.
- Creo que sí, señora. ¿De qué se trata?
- No me gustaría que la ejecución se produjese en mi presencia.
- Lo encuentro muy razonable, señora.
- ¿Puedo despedirme del condenado?

Sferril hizo un gesto de aquiescencia. Lyssis se acercó al joven.

- Adiós, Eddie –dijo, al mismo tiempo que le daba a mano.

Eddie torció el gesto.

- Me dejas así, tirado como un trapo...
- No puedo hacer otra cosa. Créeme que lo siento. Pero debo cumplir mi deber por encima de toda otra consideración.
- Sí, ya lo veo. Bien, que tengas suerte.
- Adiós, Eddie.

Lyssis dio media vuelta.

- Cuando guste, capitán –dijo.

Sferril hizo un ademán, señalando a dos de los soldados que le acompañaban.

- Vosotros os encargaréis de la tarea –ordenó–.

Allí veo un barranco muy apropiado. Cuando hayáis terminado, utilizad el «shudro» para regresar a Eskvaria.

- Sí, señor – contestaron los dos soldados a un tiempo.

Uno de ellos se acercó a Eddie y puso el largo cañón de su pistola en su estómago.

- Media vuelta y de frente – dijo.

Eddie contempló unos segundos la figura de la muchacha que se alejaba hacia la plataforma voladora. Luego, giró sobre sus talones y echó a andar, seguido muy de cerca por sus ejecutores. A los pocos pasos, guardó en la pretina del pantalón el silbato de hueso que le habla entregado Lyssis al despedirse de él.

CAPÍTULO VIII

Al iniciar el descenso al barranco, Eddie volvió la cabeza. La máquina voladora levantaba ya el vuelo. Los dos soldados continuaban a su lado, ligeramente rezagados.

Unos pasos más adelante, de forma repentina, Eddie extendió los dos brazos a un tiempo, golpeando los rostros de los soldados. Uno de ellos cayó de espaldas. El otro se tambaleó, pero continuó en pie. Eddie giró hacia su izquierda y le clavó el pie en el estómago, derribándole fulminado.

El primero empezaba a levantarse, aturdido, pero consciente de que tenía un arma. Eddie usó el pie nuevamente y la pistola voló por los aires. Acto seguido, agarró al soldado por la blusa, lo hizo levantarse y, con un movimiento fulgurante, golpeó su nariz con la frente.

Se oyó un aullido feroz. El soldado se desplomó. Pero todavía conservaba el conocimiento. Eddie le aplicó la punta de la bota a la mandíbula y sus movimientos cesaron en el acto.

El otro soldado empezaba a moverse. Eddie esperó a que se pusiera en pie, no sin antes haberle despojado de la pistola. Disparó su puño derecho y el hombre volvió a caer.

Inspiró con fuerza. Había llegado a echar pestes de la muchacha, creyéndola capaz de abandonarle a su suerte. Pero, comprendió, Lyssis había llegado a conocerle bien. Por eso le había dejado el silbato de hueso.

Decidió no perder tiempo. Desnudó a uno de los soldados y se puso sus ropas. La pistola llevaba una correa para colgarla del hombro. Rasgó las ropas del otro e hizo ligaduras, para dejarlos atados allí un buen rato. La segunda pistola fue a parar a un arroyo cercano, con los chispazos consiguientes.

Una vez hubo terminado, corrió hacia el «shudro». Al llegar a su altura, llevó el silbato a los labios.

Durante los días precedentes, Lyssis le había enseñado la forma de utilizar aquel singular medio de comunicación. Para Eddie no cabía la menor duda

de que el silbato emitía ultrasonidos que sólo podían ser captados por el sensible mecanismo auditivo del pájaro. El «shudro» suspendió instantáneamente su tarea de búsqueda de alimento y plegó las patas.

Eddie trepó por la cola y llegó hasta el arranque del cuello, en donde se sentó a horcajadas. Con el uniforme del soldado, calculó, podría pasar desapercibido en cualquier parte.

* * *

Volaba a una velocidad moderada, sin estar muy seguro del rumbo que debía seguir. Pero el pájaro se movía en la misma dirección que había tomado la plataforma voladora. Sin embargo, Eddie no estaba muy seguro de llegar a su objetivo.

Se preguntó qué clase de pacto querría establecer Haron con la muchacha. Era preciso reconocer que Lyssis era muy atractiva como mujer. Tal vez, se dijo, Haron quería casarse con ella, lo que, sin duda, evitaría conflictos de autoridad para el futuro.

De pronto, se sintió incómodo, disgustado incluso ante la idea de que Lyssis fuera a parar a los brazos del usurpador. Pero, aunque lo evitase, ¿qué beneficio obtendría?

¿Querría Lyssis viajar con él hasta la Tierra?

Y en el supuesto de que accediese, ¿qué sucedería si después descubrían que no congeniaban?

De repente, descubrió algo que llamó extraordinariamente su atención.

Había una plataforma volante posada en el suelo, no lejos de un remanso, en el que se bañaban alegremente media docena de soldados. Otro, vigilando sin duda, estaba apoyado negligentemente en el morro del aparato.

Eddie concibió un plan en aquel mismo momento. Hizo que el pájaro describiese una media vuelta descendente y, a los pocos momentos, saltaba a tierra, a una docena de metros de la plataforma.

—Hola — saludó alegremente—. ¿Qué hacéis por aquí?

- Ya ves —contestó el centinela—. Nos hemos tomado un descanso. Estamos más que hartos de

buscar a una chiquilla tonta y malcriada, que no aparece por ninguna parte... Oye, ¿a qué unidad perteneces?

- Patrulla del capitán Sferril – dijo el joven, muy serio—. Mi nombre es... – «¡Qué diablos, puesto que no me conocen, lo mismo da uno que otro!», pensó—. Me llamo Eddie.
- Yo soy Vitur – dijo el soldado –. Mi jefe y los otros están refrescándose un poco, como puedes apreciar.

Eddie se dio cuenta de que las ropas y las pistolas de los bañistas estaban sobre la hierba, junto a la plataforma. Hizo una señal con la mano y murmuró:

- Ven, tengo que decirte algo confidencial.

Vitur le siguió. Eddie lo hizo pasar al otro lado del motor. Entonces, bruscamente, apoyó en su estómago el cañón de la pistola.

- Ni una voz o te abraso – dijo.

El soldado respingó.

- ¿Te has vuelto loco?
- Cierra el pico. No hables sino cuando yo te lo ordene o morirás.

Vitur le miró atónito, sin comprender en absoluto lo que su colega quería de él. Eddie lanzó un vistazo tocia el río, en donde los restantes soldados parecían divertirse mucho con la frescura del agua.

Con la mano izquierda le arrebató la pistola, que echó tras el primer banco.

- Sabes manejar este trasto, supongo – dijo.
- Claro – respondió Vitur—. Todos conocemos su manejo... – De pronto, pareció comprender—. Tú no sabes – exclamó.
- Es que soy nuevo. Vitur, ahora mismo nos vamos a ir tú y yo de este lugar..,
- ¿Adónde?
- Ya te lo indicaré. Ahora, vas a recoger las ropas y las pistolas de tus compañeros y las pondrás detrás del primer banco. Voy a recalcarte una cosa: tengo todavía ese pajarraco como recurso, para escapar de aquí, si me fallas... porque en tal caso, es que habrás muerto, ¿comprendes?

Vitur asintió. Eddie movió la mano izquierda.

- Anda, empieza ya.

Las ropas y las armas de cinco hombres fueron a parar al lugar señalado. A continuación, Eddie tomó asiento en el segundo banco, mientras Vitur ocupaba el puesto del piloto.

- Levanta el vuelo y sigue la corriente del río —ordenó.

Vitur obedeció. Con el silbato de hueso, Eddie emitió una orden. El «shudro» se elevó inmediatamente. Eddie no quería dejarlo allí, como recurso para los cinco chasqueados bañistas.

La plataforma se movía en completo silencio. Apenas había despegado media docena de metros del suelo, cuando sonaron unos gritos de cólera.

Cinco hombres salieron del agua y corrieron furiosamente en pos del aparato volador, a la vez que blandían sus puños. Eddie los contempló un instante y luego se echó a reír.

- Sigue por donde he dicho —exclamó, a la vez que apoyaba la boca de la pistola en la nuca de su prisionero.

Vitur se sentía aturdido y desconcertado. Era la primera vez que le sucedía una cosa semejante. Eddie, por su parte, apreció la suavidad del vuelo de aquel singular aparato. Los había visto parecidos en la Tierra, pero utilizados casi exclusivamente en ferrocarriles y aeropuertos, y con ruedas, un artefacto como aquél, volando sin alas y a una velocidad agradablemente moderada, habría causado sensación en su planeta, pensó.

Un poco más adelante, cuando se hallaban en un lugar donde el río parecía profundo, Eddie arrojó al agua ropas y pistolas. Luego, tranquilamente, se repantigó en él asiento.

- Vitur.
- Dime.
- ¿Cómo funcionan estos cacharros? ¿Qué es lo que les permite sostenerse en el aire?
- No lo sé exactamente. Yo no soy entendido en cuestiones técnicas. He oído decir que hay una especie de horno, que anula la tendencia de todos los cuerpos a mantenerse pegados al suelo, pero eso es todo lo que sé.

Eddie frunció el ceño.

- Y no conocéis la radio.

—Eso ¿qué es?

Un mundo paradójico, pensó el joven. Disponían de aparatos que se movían por anulación de la fuerza de gravedad y desconocían lo más elemental de la transmisión de sonidos por medio de las ondas hertzianas.

- Bueno, imagínate que tienes a tu padre a diez horas de viaje y que los dos disponéis de unos aparatos iguales, con los que podéis hablar como estamos hablando tú y yo ahora. Eso es la radio.
- Ah, tú te refieres a sonidos...
- Eso es lo que trato de decir.
- Bueno, es que nosotros lo llamamos de otro modo. Pero necesitamos cables para la transmisión.
- Teléfono — dijo Eddie.
- Y, además, hay una pantalla en la que aparecen imágenes. Todas se proyectan desde una estación central.
- Vaya, alguien me ha estado tomando el pelo... o quizá no nos hemos entendido —dijo Eddie—. No hay radio, pero sí televisión. Incomprensible, absurdo. —calificó.

De pronto, recordó algo que estimó de suma importancia.

- A ver, Vitur, enséñame el manejo de este chisme —dijo, a la vez que adelantaba el cuerpo para contemplar cómo lo hacía su prisionero.
- Bueno, todo depende de esta palanca —dijo Vitur señalando la que empuñaba con la mano derecha—. Se asciende cuando se empuja hacia adelante y se pierde altura cuando se echa hacia atrás. Según se mueva, a derecha o izquierda, el aparato virará en el sentido deseado. Esta rueda graduada sirve para marcar los límites máximos y mínimos de cada etapa de velocidad en vertical y horizontal.
- ¿Cómo estamos ahora? —preguntó.
- En el segundo grado. Hay cuatro grados, pero es muy raro que se utilice el cuarto, salvo en caso de extrema necesidad.

Eddie miró hacia atrás. El «shudro» les seguía puntualmente. Debían de volar a unos ochenta kilómetros por hora.

- Pasa al máximo del tercer grado – ordenó.

Vitur movió la rueda y empujó la palanca hacia adelante. La plataforma se deslizó por el aire a una velocidad muy superior. A pesar de la protección del parabrisas, Eddie tuvo que agarrarse con una mano al respaldo del banco anterior. El viento silbó agudamente en sus oídos. Debían de volar, calculó, a unos cuatrocientos kilómetros por hora.

El parabrisas, curvo y envolvente por los lados, estaba perfectamente diseñado para los cuatro asientos delanteros. Eddie meditó mucho en estas características de la plataforma, mientras se deslizaban vertiginosamente por el espacio.

El cuarto grado de velocidad debía de alcanzar cifras muy elevadas, calculó. Pero no era el momento de hacer pruebas.

- Reduce a marcha normal y desciende hasta aterrizar – ordenó.

Vitur obedeció. Eddie volvió la cabeza una vez y comprobó que el pájaro había quedado muy rezagado. Sacó el silbato, emitió una orden y el «shudro» perdió òltura, para posarse en el suelo.

Unos segundos más tarde, la plataforma se posaba sobre la hierba. Eddie empujó a Vitur con la mano izquierda.

- ¡Fuera!
- ¿Qué es lo que pretendes? –preguntó el soldado.
- Viajar solo, ¿qué te creías? –contestó Eddie burlonamente.

Vitur se apeó. Eddie pasó al asiento delantero y empuñó la palanca con la mano izquierda.

De pronto, Vitur hizo un gesto.

- ¡Aguarda un momento! –exclamó.
- Eddie frunció el ceño.
- ¿Qué quieres ahora? –preguntó.
 - Empiezo a sospechar quién eres – dijo el soldado.
 - ¿De veras?
 - Tú eres el desconocido que acompañaba a Lyssis de Vorlux.
 - Vaya, has resultado muy listo, amiguito. Sí,

soy ese desconocido y mi nombre es Eddie y no otro cualquiera. El capitán Sferril nos capturó y dio orden de que me ejecutaran, pero pude escaparme.

- Lo celebro infinito. Yo no estaba conforme con esa ejecución. No estoy de acuerdo con muchas de las cosas que suceden.
- Un rebelde, ¿eh? —dijo Eddie sarcásticamente—. ¿Rebelde por convicción o por conveniencia?
- No entiendo...
- Quiero decir si todo lo que has dicho es por granjearte mi benevolencia o porque eres decidido partidario de Lyssis.

Vitur sacó el pecho.

- Soy un soldado y obedezco a mis superiores, pero considero que Haron no fue elegido por la Máquina.
- ¡Ah, la Máquina! —comentó Eddie—. Un país donde se permite que los gobernantes sean elegidos por un montón de circuitos, no puede marchar nunca demasiado bien.
- Hasta ahora todo había resultado perfecto —alegó Vitur.
- Hasta que surgió un tipo ambicioso como Haron. Pero eso se va a acabar muy pronto.
- ¿Piensas matar a Haron? —se asombró el soldado.
- No soy partidario de los magnicidios y, además, este mundo no es el mío. Pero, modestamente, creo poder arreglar las cosas para que, en adelante, se viva aquí un poco, mejor.
- ¿Cuál es tu plan, Eddie?
- Vitur, no seas ingenuo. ¿Acaso crees que voy a decirte lo que he ideado?

Vitur se puso la mano derecha sobre el lado izquierdo.

- Entre nosotros, cuando una persona hace este gesto es que jura sinceridad y lealtad absolutas, pase lo que pase —exclamó solemnemente—. Por tanto, puedes confiar en mí.
- ¡Je! Eso también lo harías cuando entraste al servicio de Haron —dijo Eddie, escéptico.
- No. Muchos de nosotros lo simulamos solamente. La mano no tocaba al pecho. Puede que Lyssis no

resulte el «Thsurr» ideal, pero fue elegido y a ella le corresponde el cargo.

Eddie fijó la vista unos instantes en el rostro del hombre que tenía frente a sí. Era de su misma edad, aproximadamente, de expresión agradable y nada fanático. Quizá no había tenido todavía tiempo de malearse, supuso.

- Te advierto una cosa, Vitur -dijo al cabo-. Voy a realizar una misión muy peligrosa. Quizá me deje el pellejo en la empresa.

Vitur saltó ágilmente a la plataforma.

- Si piensas luchar contra Haron, necesitarás alguien que te ayude -dijo resueltamente.

Eddie se apartó a un lado y dejó que su flamante compañero empuñase los mandos.

- ¿Adónde nos dirigimos? -consultó Vitur.
- A la colina donde está la Máquina.

«Si veo que me traiciona, lo abraso», se dijo Eddie, después de su tajante respuesta.

Había apreciado un ligero estremecimiento en el cuerpo de Vitur, debido, sin duda, a la sorpresa. Pero el soldado no tardó en rehacerse.

- Te llevaré a la colina -dijo, tras una breve pausa.

CAPÍTULO IX

Debajo de ellos, hacia el Sur, se divisaban innumerables luces, que señalaban inequívocamente el emplazamiento de Eskvaria. Había un sector, muy pequeño, sin embargo, especialmente iluminado.

- Esa es la residencia de Haron – dijo Vitur.
- Y allí, supongo, está Lyssis.
- Indudablemente.

La plataforma seguía su vuelo en dirección a la oscura silueta que se recortaba en el horizonte y que ofrecía el aspecto de una enorme pirámide, con la cúspide redondeada y los lados de muy suave pendiente. En el interior de aquella colina estaba la Máquina que elegía a los gobernantes del planeta.

Por indicación de Eddie, Vitur hizo que la plataforma describiese un gran círculo sobre la colina. A pesar de la oscuridad, pudo divisar un punto en donde la suave ladera se convertía en una abrupta pared cortada a pico

- Ahí está la entrada – exclamó Vitur.
- Habrá centinelas, supongo.
- Uno en el exterior. Los otros se quedan en el cuerpo de guardia, a pocos metros de la entrada.
- Sube –dijo–. Esperaremos a que pase un poco de tiempo.

Vitur hizo que se elevase la nave. Puso el estabilizador automático y fue al banco de popa, del que regresó a los pocos momentos con algo en las manos.

- Comida y agua –sonrió.
- Estupendo –dijo Eddie–. Ya empezaba a tener hambre...

Los víveres consistían en unas tabletas alimenticias, un tanto insípidas, pero que aplacaron su apetito. Con un par de sorbos de agua quedó como nuevo.

Dos horas más tarde, descendieron cautelosamente. La luz de las estrellas era suficiente para que pudieran divisar los detalles sin demasiadas dificultades, debido a lo habituado

de sus pupilas a la falta de luz. El centinela de la entrada se mostró atónito al ver surgir delante de él una plataforma voladora ocupada solamente por dos hombres.

- Creí que era el relevo —dijo el centinela.
- ¿Tiene que venir? —preguntó Eddie.
- Sí. No pueden tardar mucho...

Eddie hizo una seña disimulada a su acompañante.

- Entonces nosotros nos marchamos. Porque, supongo, no habrás visto por aquí al hombre que estaba con Lyssis.
- No sé de qué me estás hablando —respondió el centinela.
- ¿Es que no sabes quién es Lyssis?
- ¿Esa chica loca que dice ser la elegida para el cargo de «Thsurr»? Bah, pero ¿quién puede hacer caso de una histérica? Nuestro «Thsurr» es Haron Roh-Kutt y no otro.
- Eso es muy cierto. De todos modos, nosotros vamos a seguir buscando a la usurpadora. Vámonos, Vitur.

La plataforma se elevó de nuevo. Por indicación de Eddie, Vitur la llevó hasta un pequeño barranco, que les permitía la ocultación, al mismo tiempo que unas excelentes vistas sobre la ciudad, situada a unos quince kilómetros de distancia.

Un cuarto de hora más tarde, vieron unas luces que se movían rápidamente en la noche.

- El relevo —dijo Vitur.
- ¿Cuántos entran de guardia en cada relevo?
- Siete, un jefe de guardia y seis para los turnos de centinela.

Eddie lanzó una mirada al cielo.

- Convendría que durmiéremos un poco —aconsejó—. La mejor hora para atacar es siempre el amanecer, entre dos luces.

Al tenderse en el suelo, trató de pensar en el procedimiento más efectivo para destruir la máquina. De haber dispuesto de explosivos, la cosa habría resultado muy sencilla. Pero no había ni qué soñar en media docena de cartuchos de dinamita.

En cambio, tenía la pistola que lanzaba descargas eléctricas. Una computadora, se dijo, que funcionaba eléctricamente. Si provocaba varios

cortocircuitos, si destruía algunos de sus elementos más sensibles, la Máquina quedaría paralizada, acaso para siempre.

Cerró los ojos y logró conciliar el sueño. Pero el mismo nerviosismo que le poseía le hizo despertarse incluso antes de que amaneciera.

Miró a su alrededor. Estaba solo.

Una exclamación de rabia brotó de sus labios. Vitur le había traicionado... Por fortuna, no se había atrevido a despojarle de la pistola, cuya correa había enrollado al brazo durante el sueño.

- No debí haberme fiado de él —murmuró—. Ahora irá con el cuento a Haron y...

Una silueta apareció súbitamente ante sus ojos. Eddie encañonó al sujeto con el arma.

- ¡Alto! Ni un paso más o...
- Eddie, soy yo, Vitur.

El joven se incorporó lentamente.

- ¿Dónde diablos estabas? —masculló.

Vitur se echó a reír.

- A veces, un hombre tiene que retirarse en busca de un lugar solitario —contestó.
- Oh... Me desperté, vi que no estabas y pensé...
- Pensaste que te había traicionado.
- Lo siento. No he podido evitarlo.
- No te preocupes. Creo que a mí también me habría pasado algo por el estilo. Eddie, creo que ya es la hora.
- Entonces no perdamos más tiempo.

Con la plataforma, descendieron hasta hallarse situados a pocos pasos de la entrada. Cuando se apeaban, oyeron unos sonoros ronquidos.

- No parece que se preocupen mucho de la vigilancia —murmuró Eddie.
- Se monta guardia por rutina. ¿Quién va a pensar en destruir una máquina tan perfecta?
- Alguno tenía que ser el primero, Vitur —dijo el joven con sorna.

El centinela estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared de roca. Ni siquiera se enteró de que le quitaban la pistola.

A continuación, Eddie le tocó en el hombro. El centinela, sobresaltado, se incorporó vivamente.

- ¿Vienes a relevarme? –preguntó, todavía con los ojos cargados de sueño.
- No. Sólo quiero que sigas durmiendo.

El puño derecho de Eddie actuó eficazmente. Vitur tuvo tiempo de recoger en sus brazos el cuerpo inanimado del centinela.

A pocos pasos estaba la entrada de un túnel que se hundía en la colina. Eddie y su acompañante avanzaron con gran sigilo, hasta escuchar una serie de ronquidos, que salían de una excavación lateral.

Había una puerta de metal, abierta en aquellos momentos. Eddie hizo que Vitur se apoderase de todas las pistolas. Ninguno de los durmientes se enteró.

- Trae al centinela –ordenó a continuación.

El soldado continuaba sin conocimiento. Después de dejarlo en el suelo, cerraron la puerta. Vitur accionó los mandos automáticos de cierre.

- Ya no podrán salir – dijo, satisfecho.
- Pero nosotros no podemos seguir sin luz –objetó Eddie.
- Ven conmigo.

Vitur echó a andar. A los pocos segundos, el túnel empezó a iluminarse suavemente. Eddie comprendió que en alguna parte había un interruptor automático. A medida que avanzaban, se encendían más lámparas, todas ellas incrustadas en el techo y protegidas de tal manera que parecían formar parte de la roca cuando estaban apagadas.

El suelo se hizo ligeramente inclinado. Doscientos metros más adelante, tropezaron con un gran muro de metal.

* * *

- Temo que hemos llegado al máximo de nuestras posibilidades – suspiró Eddie.
- No hay quien pueda seguir adelante –dijo Vitur. desanimado.
- Quizá nos hemos precipitado. Yo puedo encontrar el modo de hacer saltar por los aires esta puerta, pero me llevará tiempo. Y, en lo sucesivo, habrá más vigilancia en la Máquina.
- ¿Crees que podrías romper la puerta?

Eddie asintió. Pensaba en el azufre, el carbón, el salitre. No eran elementos difíciles de encontrar

para la fabricación de pólvora. Pero no sería cosa de un día y ya no volverían a disfrutar de aquellas facilidades para llegar hasta la puerta que bloqueaba el acceso a la Máquina.

Se acercó un poco y puso las palmas de las manos sobre la lisa superficie de metal. Vibraba ligerísimamente, de una forma apenas perceptible. ¿Había alguna barrera mortal para el osado que intentase traspasarla?

Súbitamente, sin hacer el menor ruido, el muro de metal se deslizó a un lado. Entonces, ante los asombrados ojos de los intrusos, apareció una caverna de gigantescas dimensiones.

Durante unos segundos, Eddie y Vitur permanecieron atónitos, incapaces de reaccionar, contemplando incrédulamente el fantástico espectáculo que se ofrecía a su vista. Vitur, como nativo y educado en un respeto reverencial hacia la Máquina, estaba casi aterrorizado.

Eddie, por su parte, se admiró de la increíble obra que representaba aquella colosal computadora. Un mundo civilizado a medias, en según qué aspectos, había sido capaz de construir una máquina gigantesca, casi imposible de describir.

La caverna no medía menos de mil metros de diámetro y su techo se alzaba hasta unos doscientos metros del suelo, de roca viva, pero tan lisa y pulida como si fuese de vidrio. En cuanto a la Máquina, en la que no se advertían luces ni lámparas de control, era de contornos octogonales, con trescientos cincuenta metros por lado y de unos cien de altura. Los mamparos eran absolutamente lisos, de metal mate oscuro.

Sin embargo, pensó Eddie, mientras se reponía del asombro, en alguna parte debía de haber un puesto de control, un cerebro central, algo parecido al corazón de la Máquina, sin el cual no podría funcionar. Pensar en destruir aquel colosal artefacto con unas cuantas descargas eléctricas era una pura entelequia.

- Sigamos —dijo.

Reanudaron la marcha, contorneando los enormes muros. De pronto, casi inesperadamente, encontraron una abertura.

Era como un túnel de sección rectangular, de cinco metros de ancho por diez de alto. Al fondo, se divisaba un extraño resplandor.

- Parece que estamos en el campo... -dijo Eddie, atónito.

Y entonces, para aumentar su estupefacción, vieron a un hombre.

El hombre también les vio a ellos.

CAPÍTULO X

Eddie se dio cuenta de que el túnel acababa a cincuenta metros escasos de la entrada. El interior estaba completamente despejado. Y había hierba y hasta un pequeño estanque, alimentado por un chorrito de agua que caía de unas rocas situadas a un lado de lo que no era sino una gran plaza central situada entre los mamparos.

El hombre era muy viejo y el escaso pelo que le quedaba era completamente blanco. Vestía una especie de túnica larga hasta los tobillos y sus pies estaban descalzos. En aquellos momentos, parecía muy ocupado cultivando un pequeño huerto, situado en uno de los lados del recinto interior.

La luz procedía del techo. Había allí una pequeña esfera, que derramaba luz y calor, con todo el aspecto de un sol en miniatura. Ello podía explicar muy bien el verdor de las plantas, se dijo Eddie.

El viejo les miró sorprendido, aunque no irritado

- Hola —sonrió.
- ¿Qué tal? — saludó el joven.
- ¿Os gusta?
- No está mal... Parece un lugar muy agradable.
- Lo es. Yo lo hice.
- Ah, es una labor maravillosa. Le felicito, señor...
- Nyphdor. ¿Cuáles son vuestros nombres, muchachos?— preguntó el viejo.
- Yo soy Eddie. Él es Vitur.

Nyphdor repitió los nombres entre dientes. Luego sonrió.

- Hubo un tiempo en que yo era como vosotros. Fuerte, audaz, capaz de desafiar el mundo entero —comentó, un tanto melancólicamente.
- Se conserva muy bien —dijo Eddie.
- Empiezo a sentirme cansado. En realidad, hace ya años que estoy cansado de todo. Pero pienso que no tengo derecho a quitarme la vida.
- Eso no está bien. ¿Cuántos años tiene, Nyphdor?
- Doscientos sesenta y cuatro.

Eddie respingó.

- ¡Caramba, ya son años!
- Unos pocos y pesan – dijo Nyphdor jovialmente–. Menos mal que aquí me encuentro muy agradablemente. No me gusta el mundo exterior. Demasiadas envidias, exceso de rencillas y ambición de poder... No, no quiero volver a salir de aquí.

Eddie paseó la mirada por los alrededores. No lejos de aquel lugar se divisaba un mamparo en el que centelleaban numerosas lámparas.

- Ese es el puesto de control de la Máquina – adivinó.
- Sí –confirmó Nyphdor.

De pronto, Eddie observó que al pie de aquel mamparo había infinidad de rectángulos de algo que parecía metal muy blanco y mate.

Casi en el mismo instante, se oyó un ruidito, como de piñones de unos engranajes, que giraban a moderada velocidad. Luego sonaron varios chasquidos. Media docena de rectángulos de metal surgieron por una ranura y cayeron sobre el montón que habla al pie de la pared iluminada.

Nyphdor soltó una risita.

- ¡Más tarjetas con datos personales! –exclamó. Eddie empezó a comprender la verdad.
- Esta máquina archiva todos los datos referentes a los habitantes de Eskvar –dijo.
- Así es. Los archiva y los guarda en su memoria mecánica..., pero hace tiempo que nadie consulta los archivos.
- ¿Es que ya no utilizan la Máquina?
- ¿Para qué? Es un absurdo...
- Sin embargo, elige al «Thsurr».
- Ah, bueno, eso es otra cosa... ¿Queréis algo de comer? –preguntó Nyphdor.
- Un momento –dijo Eddie–. Si no tiene inconveniente, nos gustaría saber qué hace aquí.
- Bueno, soy el constructor de la máquina. Pero cuando la acabé, vi que ni ella misma podría resolver nuestros problemas. De modo que vine aquí, instalé ese pequeño sol artificial y empecé a cultivar el suelo. Busqué agua,

construí un desagüe y...

Eddie comprendió que se hallaba ante una especie de anacoreta, que se había retirado allí, desengañado del mundo.

- ¿Y... hace mucho tiempo que está aquí?
- Doscientos años.
- Entonces le creen muerto.

Nyphdor asintió maliciosamente.

- No le han echado de menos, supongo —añadió Eddie.
- Empezaba a ser un estorbo para ellos, quiero decir, para los que gobernaban entonces. Ciertamente, la construcción de la Máquina es perfecta y no ha sufrido jamás la menor avería. Por eso, en tanto tiempo, nadie ha llegado hasta aquí.

Eddie se sintió íntimamente admirado. Doscientos años... en un trozo de tierra casi circular, que no tenía más allá de setecientos metros de diámetro. Pero, sin duda, se dijo, Nyphdor había encontrado la paz y la felicidad en un espacio tan reducido.

- La Máquina archiva los datos de los habitantes del planeta —dijo tras un corto intervalo de silencio — Pero ¿no hace nada más?
- Oh, sí; controla las fuentes de energía y las comunicaciones de la capital.
- ¿Automáticamente?
- También manualmente.
- Me gustaría ver el cuadro de control. Curiosidad, ¿sabe?
- Sí, vamos allá.

Nyphdor se sacudió un poco las manos y echó a andar. Eddie y Vitur le siguieron hasta el mamparo iluminado.

Una vez en el lugar donde aparecían las tarjetas, Nyphdor dijo:

- De cuando en cuando, me entretengo en archivarlas. Es una labor inútil, claro, pero no puedo consentir que se amontonen.
- Es lógico.

Nyphdor señaló una palanca de pequeñas dimensiones.

- Si un día fallase el control automático, se dispararía una pequeña alarma y entonces, con

bajar esa palanca, volvería a restablecerse la normalidad – explicó.

Luego tocó un botón de color anaranjado.

- Sirve para conectar todos los receptores de imágenes –añadió–. Si lo presionara, en todas las casas de Eskvaria se oiría lo que hablamos.
- Oh, maravilloso...
- Hubo un tiempo en que se transmitían consignas y proclamas. Eso se acabó ya.

Eddie hizo un gesto de aquiescencia. Luego, de pronto, elevó la mano derecha hacia las alturas.

- ¿Y el sol artificial?

Nyphdor levantó la vista.

- Bien, tiene las mismas fases de orto y ocaso que el que hay ahí afuera. Eso es imprescindible para la vida, como puedes imaginarte.
- Sí, claro. Pero ahora, dígame, puesto que nadie utiliza la Máquina, ¿cómo es que confían en ella para el nombramiento de un nuevo «Thsurr»?

El anciano lanzó una estentórea carcajada.

- Oh, siempre se hizo así y hasta yo me lo tomé en serio en los primeros tiempos. Pero luego vi que la

Máquina cometía tantos errores como un conjunto de personas al elegir a su jefe supremo, si no más. Los ha habido buenos, eficientes y capaces... y también han surgido tiranos y déspotas.

- Sin embargo, la costumbre subsiste.
- Bueno, es una ley y hay que acatarla. Pero si no se consultase a la Máquina, el resultado sería idéntico. En los primeros tiempos, se elegía a un «Thsurr» que, aparentemente, tenía todas las cualidades. Luego resultaba un forajido. Y, por el contrario, un tipo despreciable acababa siendo un gobernante querido por todo el mundo. No, la Máquina no es lo que yo ideé en un principio – contestó Nyphdor con cierta tristeza.
- Entonces ¿por qué se eligió a una mujer para «Thsurr»?

Nyphdor arqueó las cejas.

- ¿Una mujer? –repitió.
- Sí. Yo he hablado con ella. Vitur la conoce o,

por lo menos, ha oído su nombre. ¿No es así, Vitur?

- Sí. Lyssis de Vorlux es el «Thsurr» elegido por la Máquina y no Haron Roh-Kutt —confirmó el interpelado.

Nyphdor se acarició el mentón.

- Conque una mujer, ¿eh? Pues, la verdad es que no lo sabía...
- ¿Cómo? ¿No se ocupó usted de las operaciones de tabulación de datos para elegir al nuevo «Thsurr» que iba a sustituir al anterior? — exclamó Eddie.

Se oyó una fuerte risotada.

- ¡Qué tontería! — exclamó el anciano —. Cuando vi la señal que indicaba debía procederse a una nueva elección, cogí la primera tarjeta que me vino a la mano, la eché en la ranura correspondiente y me desentendí del asunto.

Eddie abrió la boca, estupefacto por aquella inesperada respuesta. Luego, de súbito, se echó a reír.

- ¡Qué divertido! —comentó—. Pero ¿qué habría pasado si la tarjeta elegida hubiera correspondido a un recién nacido?

Nyphdor se encogió de hombros.

- Habrían elegido un consejo de regencia o algo por el estilo, qué más da.
- Hay un hombre que alega ser «Thsurr», ya has oído su nombre.
- Sí, Haron Roh-Kutt.
- ¿Puedo ver su tarjeta?
- Claro.

Nyphdor se retiró unos pasos, manipuló en algo parecido al teclado de una máquina de escribir y aguardó cosa de treinta segundos. De pronto, se oyó un tañido y surgió una tarjeta metálica.

- Aquí la tienes —dijo el anciano.
- No entiendo estos signos. Léelos tú mismo — pidió Eddie.
- Está bien... Haron Roh-Kutt, treinta y nueve años, soltero, soldado, proclive al engaño y la mentira, culpable de tres asesinatos... ¡Vaya un pájaro de cuenta!
- Si, de mucha cuenta. Nyphdor, lo siento, pero

tenemos que irnos.

El viejo se extrañó de aquella repentina decisión.

- ¿Tan pronto? Hombre, hace mucho tiempo que estoy solo... Tengo ganas de hablar con alguien...
- Tenemos mucha prisa. Adiós. Volveré en otro momento. Corre, Vitur.

Eddie se lanzó en busca de la salida. Cuando llegaban ya al túnel, se oyó una atronadora carcajada.

- ¡Eres listo, muchacho! —gritó Nyphdor—. Conectaste el sistema general de transmisiones. En todas las casas de la capital han oído nuestra conversación.

Eddie se detuvo y volvió la cabeza un instante.

- Eso era precisamente lo que quería —contestó, a la vez que agitaba la mano—. Volveremos a vernos, Nyphdor.
- ¡Buena suerte, muchachos! — les deseó el anciano.
- Me siento aterrado —confesó Vitur, sin dejar de correr—. ¿Qué pasará ahora, Eddie?
- Temo mucho que Haron no pueda mantenerse en su puesto, si no es por la fuerza. Todo el mundo ha podido escuchar lo que hemos hablado. La elección de «Thsurr» por medio de la máquina no es sino un engaño. Por lo tanto, tendrán que aprender a vivir sin ese chisme.

Minutos después, se hallaban en el exterior. Eddie saltó sobre la plataforma.

- ¿Adónde vamos ahora? —exclamó Vitur—. Creo que deberíamos escondernos...
- Nada de eso —contradijo el joven—. Vamos a ir, precisamente, al sitio donde menos se nos espera.
- Creo adivinar tus propósitos.

Eddie empuñó la palanca.

- Sí, el lugar donde menos se nos espera es la residencia de Haron —confirmó.

* * *

Desde la altura, divisaron un gran caserón de forma rectangular, situado en el centro de un parque

no demasiado grande, aunque abundante en árboles. Eddie se dijo que el «Thsurr», jefe supremo de un planeta, no vivía precisamente con un lujo asiático. La construcción del edificio era sólida, pero se veía claramente su rusticidad.

Antes de tomar tierra, Eddie se volvió hacia su acompañante.

- Estás desarmado -dijo-, Y aunque tuvieras pistola, no quiero que corras ningún riesgo.
- ¿Por qué lo haces tú? -preguntó Vitur.

Eddie demoró la respuesta un segundo.

- No lo sé -contestó-. No podría darte una respuesta exacta. Tal vez es porque he tomado partido por un bando que me ha parecido el más débil y que, a pesar de todo, no posea la razón.
- Ella es muy guapa -dijo Vitur intencionadamente.
- Quizá sea por eso -sonrió el joven.

Momentos después, tomaban tierra en la gran terraza del edificio, aparentemente desierta. En el momento en que se apeaban, aparecieron varios soldados, empuñando lo que parecían unas mangueras de agua.

Potentes chorros de un extraño líquido, de olor nada agradable, surgieron por las bocas de las mangueras. Eddie intentó descolgar la pistola del hombro, pero notó que sus movimientos se hacían muy penosos.

Entonces comprendió que el líquido, al contacto con el aire, se convertía en una especie de goma muy densa, de escasa elasticidad y que les impedía moverse con agilidad. Diez segundos más tarde, se sintieron abrumados por el peso de aquella extraña sustancia y cayeron al suelo, aturridos y sofocados.

CAPÍTULO XI

Alguien se inclinó sobre ellos y lanzó un tenue chorro de gas a su rostro. La goma que tapaba su boca y fosas nasales se disolvió instantáneamente y Eddie pudo respirar libremente. Pero no veía nada, aunque sí podía captar los sonidos.

- Llevadlo abajo —ordenó alguien, con voz imperativa.

Eddie se sintió izado en vilo. Un hombre preguntó:

- ¿Qué hacemos con el otro, señor?
- Echadlo más líquido.

Eddie sintió que los cabellos se le ponían de punta. Vitur iba a morir horribilmente, asfixiado por aquella densa sustancia, que les encerraba como si fuese una cáscara exactamente ajustada a su cuerpo. Pero no podía hacer nada por evitarlo.

«Si salgo con vida de ésta, se lo haré pagar caro», pensó, mientras percibía el movimiento de los hombres que le transportaban en vilo, por unas escaleras que, calculó, conducían al interior del edificio.

Momentos después, otro hombre arrojó un poco más de gas y liberó parte de su cuerpo, con lo que pudo quitarle la pistola. Luego Eddie sintió que lo empujaban y cayó al interior de una gran piscina.

Chapoteó furiosamente. Sólo tenía un brazo libre, pero era insuficiente para mantenerse a flote, y más teniendo en cuenta el abrumador peso de la goma que le rodeaba por completo. Pero, ante su asombro, el líquido empezó a disolver aquella sustancia.

Un minuto más tarde nadaba hacia la orilla. Parados en el borde, había dos hombres, lujosamente vestidos. Tras ellos, un pelotón de soldados armados, todos ellos rígidos y quietos como estatuas, pero con las armas a punto.

Eddie puso las manos en el borde de la piscina. Un pie se apoyó sobre los dedos de su mano derecha.

- Podemos hacer que sigas aquí unas cuantas horas
- dijo uno de los individuos—. Una inmersión de

cinco minutos no causa el menor daño. Pero si estás aquí un cuarto de hora, tu piel sufrirá daños muy graves. En cuatro horas desaparecerías por completo.

- Hablaré, diré todo lo que quieras, señor – exclamó Eddie. Debía disimular estar aterrizado, aunque lo cierto era que la ficción no le costaba demasiado -. Te contaré todo lo que sé referente a la conspiración...
- Así quería oírte hablar. –Haron retiró el pie-. Sal fuera, estúpido.

Eddie se izó a pulso y cayó sobre las losas. Haron hizo un gesto y un soldado se acercó con una manguera.

- Es agua clara para disolver los restos de líquido que tienes adheridos todavía al cuerpo y a las ropas –explicó Haron.

Eddie se dejó duchar. Al cabo de unos minutos, el soldado de la manguera se retiró.

- Levántate –ordenó Haron.
- Soy tu humilde servidor –dijo.
- Ya lo creo – rió Haron -. Dime, ¿cómo se te ocurrió la idea de la Máquina?
- Me la dio el coronel Jyphaz, señor.
- ¡Jyphaz! Nunca he oído ese nombre.
- Al menos, él dijo que se llamaba así.
- No mientas, estúpido...

Eddie alzó la mano.

- Juro que digo la verdad, señor. Si el nombre es falso, la culpa no es mía.

Haron se volvió hacia el hombre que le acompañaba.

- Baxid, ¿quién diablos es el coronel Jyphaz? – gritó Haron Roh-Kutt.

–Señor, debe de tratarse de un seudónimo...

- Muy posible –admitió Haron pensativamente. De pronto, se volvió hacia el joven-. Descríbelo.

Eddie contempló durante unos instantes a los dos hombres que tenía frente a sí. Ambos eran de elevada estatura, si bien Baxid era más corpulento y parecía tener unos años más que su jefe.

- Bien, yo vi que era... –Eddie titubeaba deliberadamente para ganar tiempo-. Era algo grueso, más bajo que ustedes..., de pelo gris y

nariz muy aguileña.

- No conozco a un oficial de esas características —refunfuñó Haron.
- Estuvimos hablando con él en las inmediaciones del territorio de Kuriz, señor. Nos dijo cuál era la mejor forma de actuar para destruir la Máquina. Jyphaz dijo también que era descendiente de Nyphdor, el constructor, y que había ido a visitarle en alguna ocasión.
- ¡Eso es imposible! — bramó Haron—. Nadie puede entrar en el recinto de la Máquina.

Eddie, empapado de pies a cabeza, se encogió de hombros.

- Señor, yo repito lo que me dijo aquel hombre — contestó.
- ¡Maldita sea! Sigues mintiendo...
- Si miento, ¿cómo pude "conectar la red general de transmisiones?

Baxid extendió una mano.

- Señor, creo que este hombre tiene razón — terció—. Es posible que el nombre de Jyphaz sea falso, pero su explicación me parece completamente lógica.
- A pesar de todo, Nyphdor no podía permitirle la conexión...
- Le distraje hablando, señor — explicó Eddie. Sobrevino una pausa de silencio. De pronto, Haron movió una mano.
- Ahora sabremos si dices o no la verdad — exclamó. Giró sobre sus talones y echó a andar. Baxid hizo un leve gesto con un dedo y los soldados se situaron en dos filas junto al prisionero.

Unos minutos más tarde, Eddie se hallaba en una sala, modestamente decorada, en la que se veían algunos sillones. Los soldados quedaron fuera, pero tanto Haron como Baxid tenían sendas pistolas.

Pasaron un par de minutos más. De pronto, se abrió una puerta.

Eddie parpadeó. Lyssis aparecía más hermosa que nunca, casi irreconocible con aquel largo vestido que llegaba hasta el suelo, de color amarillo pálido, adornado con una greca roja y azul. Los brazos quedaban desnudos y, en torno a su frente, se

veía una cinta de tejido, con los mismos dibujos que el traje.

- Hola, Eddie -dijo la muchacha tristemente.
- ¿Cómo estás? -saludó él.
- Dejémonos de ceremonias - barbotó Haron -. Lyssis, este hombre nos ha contado una fantástica historia acerca del encuentro que tuvisteis con el coronel Jyphaz. ¿Qué tienes que decir tú al respecto?

Lyssis guardó silencio un instante. Eddie contenía la respiración, a la vez que notaba el sudor que brotaba en su frente.

- Es cierto -dijo ella al cabo -. Estuvimos hablando con el coronel Jyphaz.
- ¡No existe ningún oficial con ese nombre en mis tropas! - aulló Haron-. Lo hemos comprobado suficientemente. Tú también estás mintiendo...
- Debió adoptar ese nombre por razones de seguridad - intervino Eddie-. A nosotros se nos presentó como coronel Jyphaz.
- Sí, eso mismo - dijo la muchacha.

Haron se quedó con la boca abierta.

- ¡Jyphaz! -repitió-. Pero no puede ser. Eddie se encogió de hombros.
- En la red de conspiradores, Jyphaz utiliza ese nombre -dijo muy serio.
- Y si no es así, ¿por qué este hombre sigue con vida? -exclamó Lyssis-. Te dijo que había sido ejecutado, ¿no?
- Es posible que tengan razón -intervino Baxid-. El hecho cierto e indubitable es que Sferril también encontró a Lyssis, con su acompañante, y que éste sigue con vida.

Haron lanzó una horrible maldición.

- Baxid, haz que lo busquen inmediatamente -tronó -. ¡Vamos, pronto! ¿A qué aguardas, estúpido?

Eddie miró fijamente a aquel tirano. Pensó unos instantes en Vitur, muerto horriblemente por asfixia, y decidió que Haron no podía seguir viviendo. Eskvar no era su planeta, pero debía librarse del despotismo y de la opresión que representaban Haron y sus adictos.

Mientras, Baxid había llegado hasta la puerta, que abrió, para transmitir la orden. Eddie empezó a

pensar en la posibilidad de atacar a uno de los dos hombres, para apoderarse de la pistola. Por el momento, sin embargo, tanto Haron como Baxid procuraban dejar la distancia suficiente para evitar un ataque personal.

De pronto, llamaron a la puerta. Haron hizo un gesto con la mano. Baxid atravesó la sala, abrió y habló con alguien que estaba en la entrada. A los pocos segundos, regresó junto a Haron.

- Señor, me informan que se observan movimientos de descontento entre las gentes de la capital —dijo—. Han oído lo que se habló en la colina y parece que eso ha provocado el descontento entre muchos.
- A la gente no les gusta que su jefe sea una persona elegida al azar —dijo Eddie cáusticamente.
- Debimos haber enviado a otro en lugar de Nyphdor —masculló Haron rabiosamente.
- ¿Y quién quería sepultarse en vida para manipular la máquina? No es un lugar muy agradable, señor —contestó Baxid.
- Está bien. En todo caso, que salgan los soldados de las unidades más fieles para contener a los descontentos, por la fuerza si es necesario.
- Sí, señor

Eddie simuló ahogar un bostezo.

- Es el recurso de todos los tiranos —dijo—. Cuando las cosas no les van bien, en lugar de reconocer su fracaso y marcharse, sacan los soldados a la calle.
- ¡Silencio! —tronó Haron descompuestamente.
- Estás perdido. Tienes miedo. Incluso sudas de pánico. La gente vendrá aquí, invadirá tu residencia y te arrastrarán por las calles. Llegaste al puesto que ostentas mediante trampas y engaños y quieres mantenerte por la fuerza.

Eddie avanzó un par de pasos. Haron le miraba con ojos muy abiertos.

- Hay muchos de tus soldados que no soportan tu tiranía —continuó el joven implacablemente—. Vitur es sólo un ejemplo. Los dos que debían

ejecutarme, tampoco estaban muy conformes con obedecerte. ¿Cuántos de los que están ahí afuera querrán salir a la calle para fusilar a los descontentos?

El joven dio otros dos pasos más. La pistola estaba ya a menos de un metro de distancia.

- ¿Crees que los soldados saldrán alegremente a emplear sus armas, sabiendo que pueden matar a sus propios padres o a sus hermanos o a sus mujeres o a sus amigos?
- ¡Calla, calla! —gritó Haron, lívido de furia—. Una sola palabra más y te mataré como a un perro...
- Mi muerte no acallará los clamores que llegan del exterior —dijo Eddie calmamente—. Todo el mundo oyó lo que hablábamos Nyphdor y yo y está enterado de la realidad de las cosas. Y cuando se decidan...

De súbito, saltó hacia adelante, desvió el cañón de la pistola con la mano izquierda y golpeó a Haron en la mandíbula. El sujeto cayó con los pies por alto. La pistola se desprendió de sus dedos sin fuerza.

Eddie se precipitó hacia el arma. Pero cuando ya la empuñaba, antes de que pudiera incorporarse, oyó la voz de Baxid.

- Si tocas esa pistola, Lyssis morirá.

CAPÍTULO XII

Eddie se irguió lentamente. Baxid estaba a dos pasos de la muchacha, encañonándola con su pistola. Lyssis aparecía muy pálida, aunque no daba señales de temor.

- Está bien —dijo—. No le hagas ningún daño.

Haron se levantó de un salto. Agarró la pistola y apuntó con ella al joven.

- ¡Perro! Me has pegado y eso no puedo perdonarlo...
- ¡Un momento! —gritó Baxid—. No puedes matarlo, señor.
- ¿Qué no? Lo que ha hecho es un crimen y debe ser castigado con la muerte instantánea.
- Ese crimen, en efecto, debe ser castigado con la muerte, pero no de una forma tan rápida. — Baxid sonrió aviesamente —. De otro modo, no nos divertiríamos, señor.
- ¿Qué me sugieres, entonces? — preguntó Haron.

Antes de que Baxid pudiera dar su respuesta, se abrió la puerta.

- ¡Aquí estoy, señor! — exclamó el capitán Sferril.
- Ah, maldito traidor —aulló Haron—. Ahora mismo vas a...
- ¡No! — gritó Lyssis, a la vez que daba un paso hacia adelante—No le mates. Él no es el coronel Jyphaz. Nunca lo ha sido.
- Pero ¿es que pretendéis burlaros de mí?
- No. Sólo lo hicimos...
- Para ganar tiempo —dijo Eddie, completando la excusa que Lyssis no sabía encontrar.
- Señor, juro que siempre te he sido fiel —dijo Sferril—. No comprendo cómo este hombre pudo escapar a la ejecución.
- Deberías haber comprobado si tus soldados han vuelto —sonrió Eddie—. Los dejé sin sentido, tomé las ropas de uno de ellos y luego los até de pies y manos. Más tarde, atacué a un grupo que estaban bañándose en un río y me llevé su plataforma. Eso es todo, Haron.

- Demasiados delitos para que se te pueda perdonar – dijo el «Thsurr»-. Y, como ha dicho antes mi principal colaborador, no puedes morir fácilmente.

Lyssis dio un paso hacia adelante. '

- Haron, tú me trajiste aquí para proponerme un pacto, recuérdalo –exclamó.
- Sí, pero ese pacto ya no se puede realizar. Tú no eres nada, no tienes la menor personalidad. Simplemente, eres el resultado de una elección hecha al azar.
- ¿Y tú? –protestó ella-. Manipulaste en la máquina... O quizá ni siquiera hiciste eso. Lo único que hiciste fue apoyarte en una serie de individuos tan ambiciosos como tú..., en una cuadrilla de asesinos, que mataron a un buen amigo, Ryhol, a toda una familia a la que yo quería como si fuese la mía... Con todos esos precedentes, ¿quién va a querer aceptarte como «Thsurr»?
- Eso no es cuenta tuya, pequeña. Cuento con los soldados. ¿No es cierto, capitán?

Sferril dudó. Eddie, sarcástico, dijo:

- Póngase la mano derecha en el lado izquierdo del pecho, pero apóyela bien y no imite a otros, que sólo hicieron el gesto, sin que la mano tocase el cuerpo.

Sferril se puso rojo como la grana.

- ¡No consiento que nadie dude de mi palabra! –gritó.
- Está bien –dijo Haron-, En tal caso, capitán, lleva a este hombre al..., al corral donde guardamos a nuestro pequeño pajarito. Vamos a hacer con él una pequeña prueba. ¿Te parece bien?

Sferril sonrió anchamente.

- Me parece magnifico, señor –contestó. Retrocedió unos pasos, abrió la puerta y llamó -: ¡Guardias, háganse cargo del prisionero y siganme inmediatamente!

Lyssis corrió hacia el joven.

- No sé qué decirte...
- Eddie tomó una de sus manos.
- Quizá ya está todo dicho –sonrió-. Por cierto,

¿cuál era el pacto?

- Haron me propuso ser su esposa.
- Sí, claro; así eliminaba un peligro y, además, legalizaba su posición...

Sferril empujó brutalmente al joven.

- ¡Vamos, no necesitas seguir hablando!

Eddie echó a andar. Lyssis le miró con ojos llenos de lágrimas. Cuando Eddie hubo desaparecido de su vista, se volvió hacia Haron.

- ¿Qué clase de horrible muerte le has destinado? Haron sonrió de una forma especial.
- Ven, preciosa -dijo-. Ven y lo verás por tus propios ojos.

* * *

Uno de los soldados abrió la puerta. Sferril se la hizo cruzar de un violento puntapié, que casi lo derribó al suelo. Eddie consiguió mantener el equilibrio con grandes esfuerzos. Dio unos pasos y entonces pudo apreciar con toda claridad el lugar en que se hallaba.

Era una especie de cercado, de paredes muy altas, y de unos cincuenta metros de largo por otro tanto de ancho. No había techo, y si una fuerte red de alambre, que impedía escapar al animal que estaba allí prisionero.

El suelo, apreció Eddie, estaba completamente removido. Sin embargo, no sintió el menor temor. A fin de cuentas, aquella bestia era un «shudro».

El pájaro graznó. Entonces, Eddie oyó una voz en las alturas.

Volvió la cabeza. Haron, con Lyssis y Baxid, estaban en el borde superior del muro, a casi diez metros del suelo. Haron parecía enormemente satisfecho.

-Hace tiempo que lo venimos educando para quitarle su mansedumbre congénita -dijo-. No le damos demasiada comida y en el suelo ya no encuentra nada. Espero que te encuentre sabroso.

El «shudro» volvió a graznar. Eddie contempló aprensivamente aquel enorme pico, capaz de partir en dos a un ser humano. La malla de alambre que cubría el recinto, se dijo, impedía que el pájaro pudiera alzar el vuelo.

De pronto, se acordó del silbato de hueso.

¿Daría resultado?

Hurgó en sus pantalones. El pájaro aleteó un poco y graznó nuevamente. Resultaba evidente que el hambre que sentía luchaba contra su naturaleza pacífica y nada hostil contra los seres humanos. Pero, pensó Eddie, por lo menos, una vez los «shudros» habían atacado a los hombres.

Miró a las paredes. Eran muy lisas. No había salientes a los que agarrarse para escapar por la parte superior. Podría salir sin dificultad, ya que las dimensiones de la malla de metal estaban calculadas para un pájaro gigante y no para un hombre. Entre cada hilo no había menos de un metro.

Pero, aunque pudiese trepar por las paredes, el pico del animal le alcanzaría antes de llegar a su objetivo. Había tres metros del suelo a la cruz del «shudro» y el cuello medía metro y medio más. No, su única solución estribaba en el silbato.

El pájaro avanzó unos cuantos pasos más. Lyssis contemplaba la escena con ojos llenos de terror. De súbito, vio que Haron, a su lado, estaba poseído por una especie de morbosa fascinación, que le hacía olvidarse de cuanto le rodeaba.

En una fracción de segundo tomó su decisión. Retrocedió un paso y, antes de que Haron pudiera darse cuenta de lo que iba a suceder, le propinó un tremendo empujón, que lo hizo saltar al vacío.

La pistola se desprendió de sus manos y cayó al suelo. Haron chilló horriblemente. Hizo un esfuerzo desesperado y consiguió agarrarse a uno de los hilos metálicos, del que quedó suspendido por ambas manos.

- ¡Baxid, ayúdame! —gritó, lleno de terror.

Baxid estaba desconcertado. Eddie saltó hacia el arma y apuntó al sujeto. En el mismo instante, se oyó un alarido desgarrador.

El «shudro» había dado un salto y, con su enorme pico, aferraba la pierna izquierda de Haron, que se agitaba frenéticamente. Al caer, el pájaro arrastró consigo a su presa.

Haron rodó por el suelo. El «shudro» lo soltó un momento, pero fue para asestarle terribles picotazos en el cuerpo. Antes de consumir la presa, debía de estar muerto. Uno de los golpes alcanzó el cuello de

Haron y sus movimientos cesaron en el acto.

Entonces Eddie apuntó de nuevo. Baxid empezaba a reaccionar, pero se estremeció horriblemente al recibir la descarga. Abrió los brazos y, sin pronunciar una sola palabra, se desplomó al interior del recinto.

Lyssis se inclinó hacia adelante.

- ¡Aguarda ahí, Eddie! —gritó—. Voy a buscar una cuerda.
- Está bien, pero no tardes demasiado.

Eddie contempló la macabra tarea del «shudro» hambriento. Ahora, además de Haron, tenía a Baxid para alimentarse. Pero quizás eran poco dos cuerpos humanos para su buche gigantesco.

El silbato, se dijo, no debía de servir para un animal cuyos instintos habían sido artificialmente alterados. Por si acaso, lo mejor era no usarlo. En aquellos momentos, lo que más le convenía era que el gran pájaro saciase su apetito.

Lyssis apareció poco después, con una cuerda en las manos.

- Hay luchas en la ciudad —informó—. Los motines se han generalizado.

Eddie apretó los labios.

- No quise provocar una rebelión con víctimas —dijo, mientras se agarraba a la cuerda, que ella había sujetado a uno de los alambres.

En pocos momentos estuvo arriba. Se volvió un instante, miró hacia abajo y luego se encaró con la muchacha.

- Cuando puedas, haz que quiten este enrejado —dijo—. Ese pobre pájaro no puede seguir enjaulado.
- Quizás ahora se haya acostumbrado a atacar a las personas.
- No lo creo. Come... lo que come porque está hambriento. Volverá a ser lo que era, apenas encuentre alimento en el campo.

Sferril apareció en aquellos instantes. Eddie le apuntó con la pistola, que había traído consigo.

- Cuidado —dijo—. Si quieres vivir, deja tu arma en el suelo.

Sferril se sentía atónito.

- ¿Dónde están? —preguntó.

Eddie señaló con el pulgar a sus espaldas.

- Ahí abajo –contestó.
- Venía a decirles que los soldados... no quieren luchar... Todo está perdido ..

Eddie sonrió.

- Lo predije –contestó-. Vete..., y otra vez que quieras servir a un «Thsurr», cerciórate antes de que es una persona decente.

–Ella lo es –dijo Sferril.

- Si acepta el cargo, claro será un buen jefe de gobierno.

Miró a la muchacha. Lyssis guardaba silencio. Eddie se percató de las dudas y vacilaciones que invadían su ánimo. Debía dejar que ella decidiera por sí misma, pensó.

* * *

Unos días más tarde, Eddie pidió una plataforma voladora. Le preguntaron para qué la quería y dijo que era para dar un paseo por el campo.

Un soldado vino pilotando la máquina y se apeó, a indicación de Eddie. Cuando se disponía a partir, llegó Lyssis a todo correr, jadeante y sin aliento

- ¡Eddie! ¿Adónde vas?

El joven se volvió.

- Este no es mi mundo – contestó.
- Eddie, Nyphdor ha puesto la Máquina nuevamente en funcionamiento. Ha consultado millones de datos y mi nombre ha aparecido para ocupar el puesto de «Thsurr». ¿No te parece maravilloso?

- ¿Piensas aceptar?
- Me piden que lo haga. Se va a nombrar una especie de consejo asesor... Nyphdor ha recomendado que se haga así. ¿Qué opinas, Eddie?

El joven se acarició el mentón pensativamente.

- Puede dar resultado – dijo.

Tal vez era un nuevo truco de Nyphdor.

- Me gustaría que tú formases parte de ese consejo...
- No –rechazó él la oferta-. Yo me marchó.
- ¿A la Tierra?
- Claro, ¿a qué otro sitio puedo ir? Hace unos meses, me sentía harto de una vida monótona y

aburrida y decidí correr aventuras. Bien mirado, esa vida no es tan mala como parece.

- Si te vas. no podrás regresar hasta dentro de diez años – advirtió la muchacha.
- Quizá nunca más, Lyssis.
- ¿Cómo?
- Verás, he estado pensando mucho en ese fenómeno. No cabe la menor duda de que, durante cierto tiempo, Eskvar y la Tierra, aunque en dimensiones distintas, orbitan tangencialmente por el espacio. Eso explica que yo llegase a Eskvar en un instante.
- Sí, es cierto.
- Pero aquí el fenómeno se produce cada diez años, mientras que en la Tierra sólo ha ocurrido una vez. Eso me hace pensar que Eskvar, periódicamente, toca a otro planeta, pero **uno distinto en cada ocasión**. Por tanto, si me marcho, no volveré jamás a Eskvar.

Lyssis calló un momento. Eddie aguardó cortésmente.

Al cabo de unos segundos, dijo:

- Adiós, Lyssis.
- ¡No, espera, me voy contigo! – Y saltó al asiento delantero.
- Lyssis, mira...
- Estoy resuelta, Eddie.
- Ten en cuenta que abandonas tu casa, tus amigos, tus familiares...
- Mi casa, mis amigos y mis familiares estarán donde estés tú – respondió ella con los ojos muy brillantes.
- Eso lo leí en un libro, escrito hace miles de años. Bueno, al menos, algo parecido. Se llama Biblia y... ya lo leerás cuando estemos allí.
- ¿Pasaremos, Eddie?
- Estoy seguro, Lyssis.

El aparato se elevó. Eddie tomó el rumbo y mantuvo la velocidad al máximo del segundo grado. Horas más tarde, divisaron a lo lejos la pared perlina.

Entonces aceleró al tercer grado de velocidad. Todos sus nervios estaban en tensión.

¿Y si fallaban?

El tránsito había resultado bien en el viaje de ida. Podía fallar al regreso...

Pero debía intentarlo, se dijo.

La rueda giró hasta señalar el cuarto grado de velocidad. El viento rugió al ser hendido a más de mil kilómetros por hora. La pared traslúcida se acercó vertiginosamente.

En el último instante, Eddie lanzó un agudo grito:

- ¡Agárrate, Lyssis!

Luego se produjo el choque, el estruendo semejante a un colosal vidrio roto, las náuseas, el vértigo y la pérdida del sentido.

Pasó un buen rato. Eddie fue el primero en abrir los ojos.

Se tocó el cuerpo. No había sufrido el menor daño. Pero de la plataforma y de las ropas no quedaba el menor rastro.

- Menos mal que la muela con funda de oro ya no está —se dijo, recordando lo que le había sucedido unos meses antes.

Lyssis yacía sobre la hierba, igualmente desnuda. Pero su respiración era normal. Entonces Eddie miró a su alrededor y divisó un árbol de hojas bastante grandes. Arrancó unas cuantas ramas y se acercó con ellas en la mano a la muchacha.

Ella abrió los ojos.

- Eddie, ¿hemos...?
- Si, ya estamos en la Tierra.

Lyssis se sentó, cubriéndose con las hojas.

- ¿Estaremos así mucho tiempo?

Eddie se volvió un instante. Allá, muy lejos, se veía el valle donde estaba su granja. El vecino, pensó, les proporcionaría ropas. Eran una gente muy comprensiva.

- No, antes de que se acabe el día ya estaremos vestidos — contestó—. Pero ya no serás una reina estelar...

Lyssis sonrió.

- No me importa — dijo—. Me conformo con estar a tu lado siempre.
- Bien, al menos, me has elegido sin contar con ninguna Máquina —contestó él alegremente. Tendió una mano a la muchacha—. ¿Vamos?

- Sí, Eddie.

Juntos emprendieron el descenso hacia el valle. Eddie pensó que allí finalizaban sus aventuras. Quizás un día se decidiera a escribir el relato, pero ¿le creerían?

Era un problema que se resolvería en el futuro. Ahora Lyssis estaba a su lado y eso era lo importante.

FIN